

PUNTO
ROJO

a solas con la muerte

burton hare



B&B



BURTON HARE

A SOLAS CON LA MUERTE

Con **PUNTO ROJO** n.º 177
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL BRUQUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Depósito Legal B 21.361 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: Setiembre - 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4920/65

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

174. —Cartas de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

786. —Mientras llega la muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

72. —El criminal siempre vuelve.

CAPÍTULO I

Cuando descolgué el teléfono, una voz suave y musical preguntó:

—¿Hablo con míster Lemmon?

—Con Melwin Lemmon —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy la secretaria de míster Loos. ¿Podría usted acudir a nuestras oficinas dentro de treinta minutos, míster Lemmon?

—Aunque sea antes, dulzura. ¿Todavía usa usted esos jerséis dos números más pequeños del suyo normal?

—Celebro que me recuerde tan bien —había risa contenida en su voz—. Míster Loos desea tratar con usted un asunto de negocios. Estará esperándole.

Colgó sin darme oportunidad de añadir nada más. Yo hice lo mismo y me eché atrás en el sillón giratorio. Por unos instantes evoqué la imagen de la linda secretaria del pez gordo que encabezaba la «Compañía Financiadora Loes & Craven». Resultó una evocación capaz de marear a un tipo menos impresionable que yo y decidí comprobar personalmente si todavía era tan hermosa como yo la recordaba.

Bueno, y también me interesaba el trabajo, claro. Durante más de veinte días nadie había acudido a mi oficina y mis finanzas estaban en franca quiebra, de manera que abandoné el despacho como impulsado por un cohete. Quince minutos más tarde empujaba la puerta de cristales de la compañía de Loos.

La secretaria había superado su propia marca durante el tiempo transcurrido sin verla. Me pareció sensacional.

Subí la mirada hacia arriba tras esa comprobación, solo para tropezar con unos labios sonrientes y rojos, húmedos como si invitaran a algo más que el saludo.

—No ha tardado mucho, míster Lemmon —runruneó.

—Tenía prisa por verla, preciosa. En cualquier momento, cuando tenga tiempo me verá obligado a hacerle proposiciones. Podemos empezar por su número de teléfono y...

—Míster Loos está esperándole, ¿lo recuerda?

—Oh, bueno, al diablo con el jefazo; que espere. Estábamos hablando de su teléfono y eso sí es importante.

Siguió sonriendo de aquella manera. Sentí tentaciones de saltar por encima de la valla de separación.

Como si hubiese adivinado mis tentaciones, la provocativa rubia se levantó, dejándome admirar el resto de su firme cuerpo, y se alejó, tras asegurarse de que estaba pendiente de ella.

Cuando desapareció tras una puerta del fondo, creí que la oficina había

quedado a oscuras.

Unos segundos después, la puerta que daba paso al despacho del gran jefe se abrió, a mi izquierda, y ella surgió de allí como una aparición.

—Míster Loos le recibirá ahora, míster Lemmon.

Entré. Al pasar junto a ella no hizo nada por apartarse. Mis ideas se confundieron, pero ya ella había cerrado aquella puerta y estaba atravesando el despacho privado hacia la otra, interior, que comunicaba con su despacho particular.

No pude despegar la mirada de ella hasta que hubo desaparecido. Entonces me volví hacia el hombre que me contemplaba con evidente reproche, desde el otro lado de la gran mesa escritorio.

Míster Selwin Loos había dejado atrás los cincuenta años, pero se conservaba en forma gracias a la buena vida que se daba y al deporte sabiamente dosificado que practicaba. Sus cabellos grises le daban ese aspecto aristocrático que algunas personas llevan consigo desde el mismo instante que se lo proponen.

—La culpa es de usted —le espeté, sentándome en una gran butaca.

—¿Qué?

—Por tener esa clase de empleadas. Le confunden a uno las ideas. ¿Por qué no la obliga a vestirse con ropas de su talla?

Carraspeó con disgusto y se inclinó hacia adelante.

—Usted, Lemmon, tiene la maldita costumbre de mezclar el placer con los negocios. ¿Le interesa un trabajo sí o no?

—Bueno, ¿para qué cree que he venido aquí?

—Yo diría que por esa chica.

—Tonterías. Ella no da dinero. Adelante y veamos de qué se trata esta vez.

—No crea que va a poder presentar una de sus fantásticas cuentas de gastos. Es un trabajo de un par de días, todo lo más.

Me encogí de hombros.

—Los hay que dan menos dinero todavía.

Suspiró y se echó atrás en el sillón.

—Financiamos la compra de un auto a cierto individuo. Pagó los dos primeros plazos. Luego desapareció sin dejar rastro, llevándose el coche. Cuatro mil dólares. Queremos recuperarlo con los menores desperfectos posibles, eso es todo.

Hice una mueca de desencanto.

—Ya sabe que no me gustan esa clase de trabajos, Loos.

—Pero le gusta comer de vez en cuando. ¿Tiene muchas ocupaciones en la actualidad?

—Cuernos, no. ¿Cómo se llama el individuo?

—Hillman Coker. El auto que compró es un «Cadillac» modelo «Fletwood», matriculado en los Ángeles con...

—Más despacio para que pueda tomar nota —le atajé, escribiendo rápidamente en mi libreta de apuntes. Cuando hube anotado todos los detalles, incluida la última dirección del fulano, así como la casa donde había estado trabajando hasta que desapareció, —dije con disgusto—. Usted asegura que es un trabajo de dos días solamente, sin embargo, lo que pretende recuperar vale cuatro mil dólares. ¿Cómo es eso?

—Bueno, ya sabe cómo funcionan estos negocios. Si en dos días usted no ha podido localizar a ese bastardo, indudablemente no lo conseguiremos tampoco en cuatro, porque el tipo habrá sabido borrar bien sus huellas, de manera que si empleamos más de una semana, contando con lo que tengamos que pagarle a usted, los desperfectos que haya en el coche, que lo desvalorizarán, y los demás gastos, nos costaría más dinero que el valor recuperado. ¿Está claro?

Dejé escapar un suspiro.

—Okey, pero me gustaría que alguna vez me encargase usted un trabajo realmente importante... solo por el placer de presentarle una cuenta capaz de hacerle temblar las posaderas en ese sillón. ¿No tiene más detalles sobre ese Coker?

—Mi secretaria podrá mostrarle la documentación relativa al caso, pero no creo que nada de todo ello le sirva de mucho, eso es todo Lemmon. Tiene dos días de tiempo.

—No es preciso que recuerde constantemente su tacañería —dije, encaminándome a la puerta.

Cuando la cerré detrás de mí, el gran jefe estaba mirándome con una leve sonrisa en su cara de palo.

La despampanante rubia de afuera me obsequió una vez más con su sonrisa húmeda.

—Solo para seguir viéndola de cerca unos minutos más —dije, apoyándome en la valla—, muéstreme el expediente de Hillman Coker, preciosidad. Después podrá darme su número de teléfono si es que vive usted sola.

—Vivo sola, en un pequeño apartamento en... pero eso no forma parte de su trabajo, míster Lemmon.

Se echó a reír, abandonó la mesa y nuevamente realizó una perfecta exhibición de caderas al atravesar el despachó, hasta un archivador metálico adosado a la pared.

Cuando regresó, examiné los papeles que habían respaldado la operación. No encontré nada que pudiera serme de utilidad, excepto confirmar la dirección del individuo y las señas del comercio en que trabajaba por aquellas fechas.

—¿Qué hay de su teléfono, linda?

—Está bien; Lorain, 7-1216? ¿Satisfecho?

—Lo estaré cuando vea los resultados de la llamada. Hasta pronto,

linda

Siguió sonriendo mientras me alejé. Anoté su teléfono en mi libretita. Entonces me di cuenta de que ni siquiera conocía su nombre, pero no valía la pena volver atrás para preguntárselo. Después de todo, no era un problema insoluble. Con una mujer como ella, lo que menos importa es el nombre... si uno posee su teléfono. Algo tendría que hacer al respecto, y pronto, si no quería desperdiciar la ocasión.

CAPÍTULO II

Mi primera visita fue al comercio donde Coker había trabajado. Resultó un almacén de regular importancia, donde me enteré de que Coker había desempeñado el cargo de jefe de sección, satisfactoriamente para la empresa, hasta que se despidió dando los días reglamentarios, de tiempo para que buscasen un sustituto.

Nadie pudo darme la menor indicación de su paradero actual. Por lo visto, se trataba de uno de esos tipos reservados que casi nunca hablan de sus cosas. Ni siquiera había tratado de flirtear con ninguna de las esculturales dependientes que rebullían por todas partes.

Traté de averiguar si alguno de sus excompañeros estaba enterado de la compra del coche. Ninguno pudo decirme una palabra al respecto. Todos estaban convencidos de que Hillman Coker no poseía auto propio. De lo que sí estaban seguros era que acudía al trabajo en autobús.

Abandoné todo intento de sacar nada en claro de allí y me encaminé al domicilio que había anotado. Me enconaré con que era una casa de huéspedes de cierta categoría. Una de esas mansiones que, años atrás, fue residencia de algún magnate, pero que con el correr de los años su suerte había sufrido distintos cambios hasta acabar en lo que ara.

La dueña del negocio resultó llamarse señora Meroy, una mujercilla delicada y vivaracha, cuyos ademanes reposados tenían reminiscencias de otra época.

—¿No quiere usted entrar y ponerse cómodo, míster Lemmon? —invitó, cuando me hube presentado.

—Es usted muy amable, señora.

Entramos en un saloncillo para el cual el tiempo se había detenido cien años atrás, pero limpio y reluciente como el oro. Tras acomodarnos, ella explicó:

—No puedo invitarle a beber, ¿sabe? No tolero el alcohol en mi casa.

—Una medida muy prudente, señora. Gracias de todos modos. Y ahora, si no la molesta, quisiera hacerle unas preguntas sobre míster Coker.

—¿Es que ha hecho algo malo?

—Bueno, no es eso exactamente —pensé que si la asustaba, era muy capaz de no soltar prenda, si es que sabía algo; y añadí con naturalidad—: Tan solo se trata de que preste declaración en un asunto de poca importancia... un accidente, eso es. Él fue testigo de lo que sucedió, pero a la hora de declarar no hemos podido encontrarlo por ninguna parte.

—Comprendo, míster Lemmon; sin embargo, temo que no podré ayudarle mucho... Míster Coker se marchó sin dejar su nuevo domicilio. Dijo que seguramente la compañía para la que trabajaba le mandaría fuera

de la ciudad.

—Eso va a resultar muy desagradable... ¿Recibía mucha correspondencia?

—En absoluto. Durante el tiempo que estuvo aquí, apenas si le entregué un par de cartas.

—¿No sabe usted de dónde venían?

—Nunca me fijó en el matasellos.

—Ya veo. Y las llamadas telefónicas, ¿solía tenerlas?

Ella reflexionó un poco antes de responder esta vez. Después murmuró:

—Es curioso... Ahora que lo menciona, recuerdo que en los últimos tiempos sí atendió numerosas veces al teléfono. Pero antes casi nunca le llamaba nadie, como no fuera algo relacionado con su trabajo.

—Pero en los últimos días que estuvo aquí, sí le llamaron numerosas veces, ¿eh, señora Meroy?

—Así es. Me llamó un poco la atención, pero sin que llegara a preocuparme por ello, naturalmente.

—No tenía ningún motivo para preocuparse, claro. ¿Qué me dice usted de los amigos de míster Coker?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nunca conocí a ninguno, si es que los tenía. Era un hombre muy reservado, ¿sabe usted?

—Ya me han dicho algo de eso...; ¿Y amigas? Imagino que no sería un asceta...

—Tan solo una, llamada Francie, aunque no la conozco personalmente. Solía telefonearle con frecuencia y él a ella, cuando concertaban una cita.

Agucé los oídos, porque aquello podía ser importante.

—¿Sabe usted dónde vive esa chica?

—No, pero tengo su número de teléfono. Lo anoté una vez, cuando ella dejó un recado para míster Coker, en los primeros días de su estancia aquí.

Se levantó y me dejó solo murmurando una excusa, y cuando regresó, traía consigo una pulcra libreta de anotaciones de las que suelen tenerse colgadas junto al aparato telefónico.

—Aquí está —anunció.

Tomé nota del número y del nombre de Francie. Tras esto, realicé unos intentos más para obtener más detalles del escurridizo Coker, pero todo lo que pude saber fue que en la pensión tampoco sabían nada del auto que se había comprado el individuo poco antes de emprender el vuelo.

Me despedí de la anciana y volví al coche, esperanzado con el número de teléfono conseguido.

No hay más que un par de maneras de averiguar una dirección partiendo de un número telefónico: la primera consiste en llamar al número y desgranar una historia cualquiera, para que le digan a uno a quién pertenece y dónde está instalado. Eso comporta muchas desventajas,

porque pone en guardia al propietario del teléfono, si tiene algo que ocultar.

La otra manera es más sencilla y más complicada a un tiempo; acudir a la policía. Ellos pueden averiguar en unos minutos el nombre y domicilio del titular del teléfono, aunque este no conste en la guía. Pero los policías son curiosos por naturaleza y se empeñan en saber tanto como uno mismo del asunto que lleva entre manos. Algunas veces, eso resulta sumamente molesto.

En el presente caso no tenía mayor importancia, por tratarse de un asunto de rutina, así que enfilé el coche hacia la Central, en cuyo aparcamiento reservado metí mi «Dodge», ante la mirada desconfiada del policía encargado de la vigilancia. Pero cuando vio que me internaba por la rampa cubierta que comunicaba con el interior del edificio, dejó de preocuparse por mí.

Encontré al teniente Hamilton masticando un cigarro y leyendo el periódico al otro lado de su mesa escritorio. Esbozó una mueca al verme.

—Creí que te habían encerrado, Mel —gruñó—. Hace meses que no aparecías por aquí.

—Tengo una mala temporada, Jack. Solo me encargan tonterías de rutina. No hay violencia, ni cadáveres ni despampanantes señoras en apuros. Un verdadero fastidio.

—Ya que estás aquí, imagino que la suerte habrá cambiado. ¿O no?

—Qué va, hombre; sigo metido en la rutina hasta el cuello. Tengo un número de teléfono y necesito averiguar a quién pertenece y qué domicilio tiene. Eso es cuanto necesito.

—Primero quiero saber en qué estás metido —decidió—. No deseo recibir algún coscorrón por tu culpa.

—Puedes estar tranquilo por esa parte, es algo estúpidamente rutinario.

Y le conté de qué se trataba, sin olvidar ningún detalle de los pocos que tenía. Al terminar, asintió con un gesto.

—Okey —gruñó—. Por una vez, parece que estás trabajando en un asunto decente.

Se llevó el teléfono al oído y comunicó con alguien, al que trasladó el número que le había dado. Después colgó y yo encendí un cigarrillo mientras él continuaba mordisqueando su puro.

—A juzgar por tu falta de actividad —dije—, la ciudad está tranquila como una balsa de aceite. ¿Es que no quedan criminales en Los Ángeles, Jack?

—A montones, pero se están quietos, de momento. O son tan listos que no nos enteramos de sus andanzas. Excepto un par de atracos, una estafa de un aficionado y un asalto frustrado, no hay nada que me preocupe.

—Y para eso pagamos impuestos —dije, burlón. Y añadí, para matar el tiempo—: ¿Qué es eso de una estafa de aficionado?

—Un estúpido cajero una empresa de construcciones —rezongó—. Levantó el vuelo con doscientos cincuenta mil dólares.

No pude contener un silbido de asombro.

—¡Doscientos cincuenta mil pavos! —exclamé—. ¿Y lo llamas aficionado?

—No tardará ni veinticuatro horas en caer. Dejó pistas suficientes para empaparlo sin juicio. Además, el muy imbécil había preparado la huida a Brasil, pero en el último momento debió perder la serenidad, y olvidó su pasaporte en casa, de manera que sabemos incluso el lugar a donde pensaba dirigirse. No podrá salir del país sin tener una buena red de conexiones. Y nos consta que no las tiene. Actuó en solitario, ya sabes.

—Bueno, con un botín semejante, yo no necesitaría la ayuda de nadie para emprender el vuelo.

—Afortunadamente, nuestro hombre no posee tu mente criminal.

Le interrumpió el timbre del teléfono. Lo descolgó, escuchó y tomó unas notas. Después colgó y empujó el papel hacia mí.

—Aquí tienes... Francie Holman; Laney Road, 2416. Deberías darme parte de tus ingresos por facilitarte el trabajo.

—Te los doy con los impuestos que me roban los del fisco. De todos modos; gracias, Jack.

Me encaminé a la puerta. Desde ella, dije como despedida:

—Y que tengas suerte con tu estafador aficionado.

—Eso no me preocupa. Estará entre rejas mucho antes de que tú hayas conseguido localizar al tipo del coche.

Lo puse en duda, pero me abstuve de manifestarlo. Un fulano con un cuarto de millón de dólares en el bolsillo, puede abrir muchas puertas por las que deslizarse fuera del alcance de la policía.

* * *

Laney Road era una retorcida calle que se perdía en la falda de la colina, entre espacios verdes, acotados para una nueva urbanización. La parte de la calle que estaba edificada constaba de pequeños *bungalows* de cómodo aspecto, algunos de ellos con piscina y jardín bien cuidado.

El perteneciente a Francie Holman era de los mejores que vi mientras deslicé el coche lentamente, junto a la acera. Poseía piscina, una extensa parcela de césped rodeándola y algún que otro arriate de flores salpicando el verde del suelo.

La puerta de la verja estaba abierta, de manera que me interné por el sendero hasta la casa. Cuando me disponía a llamar, una voz perezosa exclamó en alguna parte:

—Si vende algo, puede marcharse, hermano. No quiero comprar ni el periódico.

Giré la mirada a mi alrededor hasta descubrir a la mujer tendida en una

silla extensible, a un lado de la piscina y medio oculta por un parasol inclinado.

Anduve hacia ella, sin apartar mis ojos de las largas piernas que sobresalían por un lado del parasol. Cuando estuve junto a ella pude admirar un cuerpo tostado por el sol sin que apenas hubiera algo sobre él para velarlo, excepto las dos diminutas tiras de tela floreada del «dos piezas». La piel tenía un color de oro viejo, suave y mate como la de una fruta madura. La dama no tenía nada que envidiar a mujer alguna en lo tocante a sus formas, excesivamente exuberantes.

No se inmutó en absoluto por mi largo escrutinio. Me sostuvo la mirada con un leve destello de humor en el fondo de sus pupilas azules.

—No vendo nada —dije, cuando me acordé de hablar—. Pero por el placer de verla me siento capaz de vender hasta aspiradores. Usted debe ser Francie Holman, ¿no es así?

—Ajá. Veamos ahora quién es usted.

—Me llamo Melvin Lemman.

—¿Qué más?

—Ando buscando a Coker.

Soltó un resoplido y medio se incorporó, con lo cual la pieza superior del traje de baño se deslizó un poco, permitiéndome ver que la parte que ocultaba estaba tan tostada como el resto del cuerpo. ¿Dónde demonios tomaría el sol sin ningún impedimento encima?

—No me hable de ese gusano —me espetó, indignada.

—No tengo particular interés en hablar de él, pero debo encontrarlo cuanto antes. Me pagan para eso.

—¿Le pagan para encontrar a Hilman?

—Eso es. Soy detective privado.

—¡Atiza! No puedo creer que el pequeño gusano sea tan importante como todo eso...

—Supongo que se refiere a Coker.

—¿A quién si no? Dígame, ¿qué ha hecho?

—Mire, todo lo que yo sé es que debo encontrarlo antes de dos días, así que no me pregunte nada. Usted era amiga de Coker según he podido averiguar. Durante mucho tiempo se relacionaron con cierta asiduidad, de manera que he pensado preguntarle a usted el paradero del pequeño gusano, tal como usted lo llama.

—No sé dónde está ahora. Ni quiero saberlo. Estaba harta de él.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué estaba harta de él?

—No creo que eso le importe a usted, pero le diré que era un tipo repugnante. No se cansaba de prometer cosas que después no cumplía. Creía que una debía adorarlo solo por su linda cara.

—¿Era realmente linda?

Bufó, furiosa.

—¿Se burla usted de mí? —estalló, sentándose en el borde de la tumbona.

Dejé deslizar mi mirada por el nuevo panorama que me ofrecía su nueva postura antes de hablar.

—Nunca podría burlarme de una mujer tan espectacular, Francie. Solo le he hecho una pregunta.

—Bueno, ya le he dicho cuanto podía de Hilman. Ahora lárguese y déjeme en paz. Todavía queda como una hora de sol y quiero aprovecharlo.

—Puede tomar el sol mientras habla conmigo. ¿Vio usted el coche que su amigo se compró?

—¿El «Cadillac»? Naturalmente. Hillman creyó que con el auto ya era el dueño del mundo, pero me enteré de que lo pagaba a plazos y que para poder hacerlo, había decidido restringir más todavía sus gastos. Le mandé a paseo, a pesar de sus afirmaciones de que, a partir de entonces, iba a tener dinero en grande.

—¿Eso dijo?

—Oh, sí. Siempre estaba diciendo tonterías por el estilo. Con el coche quiso convencerme de que iba a ser un potentado o poco menos. Pero una chica como yo vive de realidades, y no de fantasías.

—Comprendo; le dio usted el pasaporte. ¿No ha sabido nada más de él desde que sucedió esto?

—Vino un par de veces para reanudar lo que se había terminado. Le aseguro a usted que, de no haberlo conocido bien, me habría convencido. Parecía a punto de entrar en posesión de una herencia. No obstante, continuaba sin un centavo.

—Pero llevaba el «Cadillac» todavía, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Presumía con él como si fuera el único hombre con un «Caddy» en todo el país.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Se encogió de hombros.

—No lo recuerdo... Hace un mes... o tal vez más. Ya casi me había olvidado de él.

—Entonces cuando vino a verla estas últimas veces ya ocupaba su nuevo domicilio. ¿No le dijo nada que le diera una idea de dónde estaba situado?

—No... Bueno, solo mencionó que ocupaba una pequeña casa él solo, pero que no tardaría en poder instalarse por todo lo alto. Seguía con sus fantasías.

—Y esa casita...

—Espere —exclamó de repente, levantándose—. Ahora recuerdo que

me dejó la dirección escrita en un trozo de papel, por si cambiaba de opinión y decidía unirme a él nuevamente...

Casi pegué un salto, pero me contuve y aguardé mientras ella estuvo reflexionando sobre el paradero de la nota. Pude aprovechar para recorrerla con la mirada de arriba abajo. Era de estatura más que mediana, y con las curvas perfectamente distribuidas en los lugares precisos. El «dos piezas» se mantenía en tan precario equilibrio, que pensé verlo caer al suelo en cualquier momento.

—Creo que lo dejé en un cajón del escritorio —murmuró como si hablase consigo misma. Y luego añadió en voz alta—: ¿Si le facilito esa dirección, me dirá para qué le andan buscando?

—Bueno, me pone en un compromiso...

—Dígame por lo menos si van a darle un disgusto.

—De eso no le quepa la menor duda.

Sonrió de oreja a oreja, feliz ante semejante perspectiva.

—De acuerdo, venga.

Me guió, al interior de la casa. Las dos piezas de tela soportaron el movimiento de manera inverosímil, lo que me mantuvo en suspenso durante todo el trayecto hasta la salita donde me llevó.

—Siéntese —invitó—. ¿Le apetece un trago?

—Aunque solo sea como pretexto para seguir viéndola cómo se mueve, me apetece. Sin agua, por favor.

Estuvo mirándome unos segundos de manera especulativa, como valorándome. Pensé que si la valorización se limitaba a mi poder adquisitivo, iba a llevarse un desengaño. Claro que con esa clase de mujeres uno nunca sabe a qué atenerse.

Regresó con los dos vasos en los que tintineaba el hielo. Me pareció que estaba exagerando un poco la nota en cuanto a movimiento, pero tal vez fuera su manera de comportarse en presencia de un hombre. Desde luego, ella ya me había dicho algo sobre su afición a las «realidades».

Probé el whisky y lo encontré lo bastante bueno como para bebérmelo en un par de sorbos. Mientras, ella revolvió en los cajones de un pequeño escritorio adosado junto a la ventana, hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Ahí lo tiene —anunció—. Puede quedarse con el papel.

Le di un vistazo a lo que estaba anotando y después guardé el trozo de sobre en el bolsillo, levantándome.

—Ha sido usted muy amable, Francie —dije—. Tal vez volvamos a vernos cualquier día.

—¿No le gustaría darse un chapuzón en la piscina? Esta es la hora mejor para un baño.

—No me tienta, preciosidad. Tal vez en otra ocasión en que no esté trabajando.

—No creo que sea tan urgente encontrar al pequeño gusano, digo yo...

—Bueno, cuanto antes se hace un trabajo, mejor... Pero no tengo traje de baño, aquí, así que tendría que chapuzarme en traje de Adán y quizá los vecinos tuvieran algo que decir al respecto.

—¡Oh, eso! Algunas noches me baño en traje de Eva, usted sabe.

—Entonces vendré una de esas noches —prometí, encaminándome a la puerta.

Cuando estreché su mano ella se quedó demasiado cerca de mí para que mi presión arterial no sufriera un alboroto. Pude percibir la fragancia que se desprendía de su cuerpo y con solo bajar la mirada casi sentí vértigo. Su mano era cálida y suave.

—Opino que es usted tonto, míster Lemmon —runroneó, como despedida.

—Por extraño que le parezca, en estos momentos yo opino lo mismo. Tendré que volver para remediar eso.

Se quedó allí, viéndome atravesar el jardín. Cuando estuve en la calle, volví la cabeza y la vi encaminarse a la piscina con su andar estudiadamente sensual.

Realmente, cuando aparté el coche de la acera, pensé que era algo más que un tonto...

CAPÍTULO III

Verdaderamente, era una casa pequeña y bastante vieja. Seguro que Hillman Coker no podría presumir tanto de ella como de «Cadillac».

Detuve mi auto a cierta distancia de la vivienda y volví atrás por la acera, examinando la vecindad. Esta no era muy brillante tampoco; algunas viviendas de tres o cuatro pisos, otras de una sola planta y con una franja de terreno alrededor para justificar el que en los anuncios pudiera insertarse lo de «jardín».

La de Coker era de una planta, tenía la fachada deslucida y la muestra de jardín descuidada y sucia. La casa de al lado era más grande y cerca de la verja había un rótulo diciendo que estaba en venta. Entre las dos, por el lado de Coker, había un desvencijado garaje de madera, sin pintar, que el sol y las lluvias habían medio deshecho.

Estuve unos minutos delante de la puerta, llamando una y otra vez con un tirador que producía un campanilleo ronco en alguna parte de la vivienda. Pero nadie acudió a la llamada.

Comencé a pensar que el amigo Coker debía haber cambiado una vez más de domicilio. Aquello daba la sensación de deshabitado, como si nadie se cuidase en absoluto ni del jardín ni de la casa.

Ante mi fracaso, decidí que podía aprovechar el tiempo para dar un vistazo alrededor, de manera que rodeé el pequeño edificio dirigiéndome al garaje. Tenía la puerta cerrada, pero cuando tiré de ella se abrió con un chirrido. La otra mitad quedó balanceándose, cual si los goznes no pudieran soportar su peso.

Pero me desentendí de la puerta al ver el coche que había dentro. Era un «Cadillac» modelo «Fleetwood». Su matrícula correspondía a la que yo llevaba anotada en mi libreta de apuntes.

Bien, había dado con el coche. Pensé que, a fin de cuentas, era lo que importaba. Míster Loos se daría por muy satisfecho con recuperar el vehículo. Lo examiné rápidamente, solo para comprobar que, aparentemente, se hallaba en perfecto estado. Si su parte mecánica continuaba tan bien cuidada como la carrocería, míster Loos podría recuperar todo su dinero, contando incluso con lo que tuviera que pagarme a mí.

Entonces se me ocurrió que podía castigar su tacañería no informándole del hallazgo hasta el día siguiente, a fin de poder presentar la cuenta de dos días completos de trabajo en lugar de uno.

Mas, después de una corta discusión, conmigo mismo, acabé por echar fuera esa tentación. Después de todo, la compañía de Loos me confiaba todos sus encargos, de manera que debía estarles agradecido.

De pronto oí un estampido y un dolor lacerante en la cabeza. Alguien me había disparado al salir, perdí el conocimiento unos instantes. Al despertar, tirado en el piso frente a la casa vecina, hubiese podido pedir ayuda, pero para los efectos, era lo mismo que encontrarme en medio del desierto.

Más tarde, con nuevas energías proporcionadas por el descanso, me incorporé como pude y me encontré mirando la puerta abierta de la casa de madera. A fin de cuentas, tal vez pudiera adecentarme un poco allí dentro.

A trompicones invadí el edificio en venta. No quedaban muebles en él, solo polvo. Me dije que tampoco habría agua con que refrescarme la cabeza y lavarme la sangre que empapaba mis cabellos y una mejilla, no obstante recorrí un par de habitaciones, hasta descubrir un cuarto de baño.

Como ya había supuesto, el agua estaba cortada, de manera que mi esfuerzo final había sido baldío. Entonces volví atrás en busca de la salida.

Creo que fue debido a mi aturdimiento que equivoqué el camino. En lugar de seguir el pasillo hacia la derecha, que era por donde había entrado, me interné por la izquierda yendo a parar ante una puerta cerrada. Estaba casi oscuro allí dentro debido a que la tarde había avanzado mucho, pero, incluso así, advertí mi equivocación, cuando empujé la puerta delante de mí.

Quedé rígido, sintiendo un largo escalofrío recorrerme todo el cuerpo, mientras se me erizaba el cabello de la nuca, como si una corriente eléctrica tirase de él.

Cerré los ojos. Aquella visión no podía ser real, sino producida por el balazo que me había herido de refilón en la cabeza... No podía creer en lo que estaba viendo, aterrado no obstante por la espantosa visión de aquella monstruosa cara suspendida a tres metros del suelo, negruzca y con la amoratada lengua colgando igual que un pingajo.

No obstante, hube de convencerme de la realidad cuando di un paso adelante. Allí, en la habitación sumida en una semioscuridad, había el cadáver de un hombre colgado de una cuerda.

Cuando semejante hecho se abrió paso hasta mi razón deje de temblar y de tambalearme. Por lo menos, no me había vuelto loco ni veía rostros monstruosos oscilando en el aire. Un cadáver, a pesar de serlo, es un cuerpo sólido al que uno puede agarrarse para salir del marasmo de terror producido por la inconsciencia.

Después de llegar a esa saludable conclusión, me dije que allí no tenía nada que hacer. No era asunto mío buscarme más complicaciones con un cadáver que ni siquiera estaba relacionado con el caso en que estaba trabajando.

El taladro que barrenaba mi cráneo continuaba su trabajo de destrucción, pero incluso así comprendí que habiendo encontrado el coche,

mi tarea estaba finalizada; aunque quedase el balazo que había estado en un tris de mandarme al infierno.

Por un instante, pensé que tal vez el fiambre que colgaba de la cuerda era el pobre Hillman Coker, pero mi idea sobre este me lo presentaba como mucho más joven. El que pendía de la soga había dejado atrás los cincuenta hacía mucho tiempo.

Retrocedí sin meterme en más averiguaciones. Fue al llegar a la salida de la casucha que se me ocurrió pensar en el criminal que por poco no me dejó seco poco antes. Vacilé, ante el temor de que estuviera esperándome para probar suerte de nuevo. Mas, una corta recapitulación me convenció de lo absurdo de ese temor. Si el bastardo hubiese querido rematarme, hubiera podido hacerlo a placer cuando estuve dando tumbos de un lado a otro hasta derribar un trozo de carcomida cerca.

Así es que abandoné la casa andando lo más recto que pude, sintiendo como si el suelo oscilara bajo mis pies durante todo el recorrido hasta mi coche.

Conduje con sumo cuidado para no tener tropiezos, de manera que llegue a casa sin más disgustos. Una larga ducha me quitó la sangre y el aturdimiento, pero no hizo nada para aliviarme el dolor. No obstante, después de secarme y trasegar un abundante whisky, pude mirar el futuro con colores más optimistas.

Entonces descolgué el teléfono y marqué el número que correspondía a la hermosa secretaria de míster Loos. Su voz se me antojó más insinuante que al natural todavía.

—Escúchame, linda —le espeté de entrada—; mi idea era llamarla para concertar una cita para esta noche, pero las cosas se han puesto feas y de momento tengo que conformarme con que me dé otro número de teléfono...

—Más despacio, míster Lemmon —runruneó—. ¿Es su manera de iniciar la conquista de una chica?

—Ni lo sueñe; cuando tenga tiempo le demostraré mi técnica. ¿Puede darme el número privado de míster Loos, preciosidad?

—Al jefe no le gusta que le molesten en su casa, usted sabe...

—Cuernos no le gusta; es capaz de aumentarle el sueldo cuando yo haya hablado con él.

Rio con ironía y deslizó un comentario poco amable acerca de la tacañería de su jefe, pero acabó por facilitarme su teléfono, que era cuanto necesitaba.

—Gracias de nuevo. Si está libre esta noche, tal vez pueda llamarla de nuevo.

—Estoy libre, míster Lemmon; pero voy a acostarme pronto hoy. Buenas noches. Y no intente hacerme cambiar de opinión, o su cabeza sufrirá las consecuencias. Adiós.

—No me hable de mi cabeza. Precisamente...

Pero colgó sin aguardar mi explicación. Quizá no hablaba en serio en lo de acostarse pronto... Quizá después de hablar con mi cliente...

Pero me rendí a la evidencia de mi estado. Me encontraba dolorido y mareado, ansiando meterme en la cama y dormir hasta el mediodía siguiente...

El teléfono repico al otro lado después de marcar el número. Hube de dar ciertas explicaciones a alguien antes de conseguir que el viejo gruñón accediese a hablar conmigo. Cuando lo tuve al habla, me espetó por todo saludo:

—Mire, Lemmon; los asuntos de negocios acostumbro tratarlos en la oficina. Venga mañana por la mañana y...

—Y le cobraré dos días completos —le atajé—. ¿Es lo que quiere?

—¿De qué está hablando?

—He dado con el coche.

—¡No me diga!

—Así es. Le doy el informe ahora y usted manda a alguien a por el vehículo, ¿de acuerdo? De esta manera mi cuenta de gastos será solo por un día. Creo que soy idiota al proceder así con un tipo como usted, pero siento debilidad por la compañía Loos.

Durante unos segundos no dijo nada, seguramente asombrado por lo que acababa de oír. Después gruñó:

—Me sorprende usted, Lemmon; deberé rectificar mi opinión sobre su honestidad profesional. ¿Dónde está el «Cadillac»?

Le di la dirección y añadí:

—El garaje se cae a pedazos y la casa parece abandonada. Pero advierta al que vaya por él que se cubra con un casco de acero. Por poco no me han dejado seco.

—¿Qué?

—Alguien ha disparado contra mí desde no sé dónde. La bala me ha dado de refilón, pero durante media hora me estado dando tumbos de un lado a otro, medio muerto. Eso no entraba en el trato, ¿eh? Estoy pensando incluirlo en los gastos,

—Deje de hablar tonterías. ¿Quiere decirme con toda esa palabrería que alguien ha disparado contra usted, hiriéndole?

—¿Eso exactamente.

—¡Diablos! ¿Cree que ha sido Coker?

—No lo sé. Pero me parece muy raro qué Coker me soltase un balazo solo por el hecho de que estuviera a punto de perder el coche que ni siquiera ha pagado.

—No lo comprendo... Oiga, Lemmon. Termine usted mismo el trabajo empezado. Vaya a por el «Cadillac» y déjelo en el garaje del edificio de nuestras oficinas.

—¡Ah, no! —exclamé—. Mi trabajo ha terminado ya. Quiero acostarme, ¿está claro? Mi cabeza parece a punto de estallarme y apenas si me tengo en pie.

—No exagere; usted es un tipo duro, Lemmon. Le permitiré presentar su cuenta por dos días completos, pero vaya por el auto. No tengo a nadie a quien mandar ahora.

—¡Maldita sea, Loos! Usted tiene chófer, ¿no? Que vaya él.

—Ha salido esta noche. Escúcheme, Lemmon; hay ciertos hechos que alteran un poco el asunto... Vaya a por el coche y luego ocúpese de buscar a Coker, ¿qué le parece?

—¿Para qué quiere a ese idiota? Con el auto en su poder ya no tiene nada que reclamarle al tipo. Tengo la idea de que no posee ni un centavo, así que...

—Incluso así, me interesa dar con él. Por otra parte... ¿no le gustaría a usted encontrar al que le ha disparado? Imagino que le resultaría agradable poder decirle un par de cosas, ¿eh?

Conociendo a Loos y su tacañería, aquello no tenía sentido. Me constaba que a él no le importaba un rábano el que alguien hubiese estado a punto de volarme la cabeza.

—Vamos a ver si nos entendemos —le espeté—. ¿Quiere decir que está dispuesto a pagarme para que encuentre al fulano que me ha soltado un plomo?

—No exactamente; le pagaré para que encuentre a Coker, eso es todo.

—Está bien; que el diablo le lleve. ¿Cuántos días me concede para ese nuevo trabajo?

—Todos los que necesite, Lemmon —dijo amablemente—. Y sin límite en los gastos.

No me caí de espaldas de milagro, pero tardé unos segundos en convencerme de que era realmente míster Loos quien estaba hablando al otro lado del hilo.

—Bueno —resoplé, estupefacto—; uno de los dos se ha vuelto loco de repente. ¿Para qué quiere a Coker?

—No haga preguntas y encuéntrelo, Lemmon, eso es todo.

—¿Sin límite en los gastos? —puntalicé.

—¿Es que el disparo le ha afectado el oído? Eso he dicho.

Suspiré. El mundo estaba girando al revés aquella maldita noche.

—Okey; en esas condiciones se lo traeré envuelto en papel de colores y atado con una cinta. Buenas noches.

—Perfecto. Ahora vaya a por el coche, Lemmon. Y tenga cuidado.

Colgué. Me pregunté por qué me había recomendado «cuidado»; si por el «Cadillac» o por mí.

Sin duda, por el coche.

CAPÍTULO IV

Antes de salir, me ajusté la funda axilar, revisé el revólver y comprobé su carga. Si alguien deseaba más fuegos artificiales le daría suficientes para quitarle la afición al ruido. Después salí, llamé un taxi y me hice conducir a las inmediaciones de la descuidada casita.

Esperé hasta que el taxi se hubo alejado de allí antes de penetrar en el sucio jardín. La oscuridad más completa reinaba a mi alrededor, toda vez que el farol más cercano, en la calle, quedaba a larga distancia y entre su luz y el jardín se interponían los árboles que adornaban las aceras.

Avancé con precaución, pero rápidamente, hacia el garaje. No sucedió nada.

Pensé en el hombre ahorcado en la casa vecina y me estremecí. Tal vez fuese hora de llamar a Hamilton dándole cuenta del fúnebre hallazgo, pero lo dejé correr. No tenía nada que ver con mi caso, y, por otra parte, los polizontes no me lo agradecerían precisamente.

Las puertas del garaje estaban abiertas de, par en par esta vez. Mi corazón dio un vuelco. Saqué la pequeña linterna eléctrica y enfoqué el interior.

El «Cadillac» había desaparecido.

Tras los primeros instantes de estupor, no pude contener una sarta de maldiciones, la mayoría de las cuales dedicadas a mí por no habérmelo llevado tan pronto le había echado la vista encima.

Claro, que en aquellos momentos, con el balazo y demás, mis facultades habían estado mermadas, pero incluso así me la habían pegado de novato.

Por primera vez desde que había oído hablar de él, deseé tener a Coker al alcance de la mano para ponerle las narices en la nuca.

Furioso conmigo mismo, me encaminé a la casucha y probé de entrar por la puerta principal. Estaba sólidamente cerrada.

Di la vuelta hasta descubrir la puerta trasera. Estaba igualmente cerrada, pero era más débil que la otra, de manera que me resultó bastante fácil saltar la cerradura. Me introduje en la oscuridad del interior, enarbolé la linterna en la mano izquierda y el revólver en la derecha, y, tras una ligera vacilación, registré la casa hasta en sus menores rincones.

Me llené de polvo y no conseguí nada más.

Naturalmente, había prendas de vestir de poca calidad en el armario del dormitorio, objetos de uso personal, y algunas bebidas en la nevera de la cocina, pero nada que pudiera ayudarme de inmediato a dar con Coker.

Bueno, podía apoderarme de algunos objetos y sacar sus huellas por si las necesitaba más adelante, pero maldito si eso iba a servirme de momento.

Traté de encontrar papeles o documentos, cartas o tal vez facturas. No hallé nada de todo eso. Los trajes colgados en el armario, así como las camisas y demás ropa interior, me hicieron pensar que el tipo no había escapado definitivamente, sino que pensaba volver.

Volví atrás y salí al jardín. La cabeza me dolía y me encontraba cada vez peor, cansado y soñoliento. Me senté sobre el escalón de madera de la cocina y me dediqué a pensar en Coker y otras cosas.

Seguramente, me dije, era el propio Coker quien me había soltado el balazo en mi visita anterior. Después, había sacado el coche del garaje, llevándoselo Dios sabe a dónde...

Absurdo.

No había razón para intentar matarme por el simple hecho de haber localizado el auto. Después, si él hubiera deseado esconder el coche en otra parte, lo lógico hubiera sido que se trasladase también personalmente, ya que podía suponer que yo o cualquier otro volvería a por el auto, y al no encontrarlo le buscaría a él...

Resultaba lo más idiota de cuanto había visto a lo largo de mi ajetreada vida de investigador.

Tampoco era nada lógico el cariño que el tipo parecía dispensar a su «Caddy». En realidad, no había lógica en ninguna parte en todo el condenado asunto, ni siquiera en el comportamiento de mister Loos.

Saqué un cigarrillo y le prendí fuego. Seguí dándole vueltas a lo mismo hasta que apuré el tabaco. Entonces aplasté la colilla bajo mi pie y abandoné el incómodo asiento, dirigiéndome en busca de otro taxi que me llevase lejos de aquella desierta vecindad.

Fue al contemplar la cerca de separación rota que tuve la descabellada idea. Pensé, una vez más, en el hombre ahorcado y en la desaparición del coche. Me detuve y cambié de dirección, encaminándome a la casa de madera, cuya puerta seguía abierta, tal como yo la dejara al salir de ella, después de mi macabro descubrimiento.

Mientras me acercaba al edificio, la idea seguía martilleando en mi dolorida cabeza, una y otra vez: ¿habrían utilizado el «Cadillac» para llevarse el cadáver del ahorcado? Eso supondría una relación entre los dos hechos y, al mismo tiempo, representaría un motivo plausible para que el asesino hubiese intentado liquidarme a mí.

Pero me había pasado de listo. El espeluznante espectáculo continuaba exactamente igual que cuando lo descubriera. Apagué la linterna para dejar de ver el horrible rostro y salí de la casa seguro de que mi cerebro comenzaba a dar señales de debilidad.

En un taxi fui a buscar mi cacharro.

Estuve largo tiempo sentado en mi auto, reflexionando. No tenía la menor idea de cómo localizar nuevamente a Coker, a menos de instalarme permanentemente a la vista de su casa a la espera de que se decidiera a

volver. Esa perspectiva no me gustó.

Entonces me acordé nuevamente del teniente Hamilton y decidí que fueran ellos quienes sacaran a mi hombre de su nueva madriguera.

Conduje despacio, en busca de un teléfono. Cuando lo encontré, llamé a la central y conseguí hablar con Hamilton cuando ya se iba a casa, según me espetó con evidente disgusto.

—Bueno, me parece que tengo algo que te interesará, Jack.

—Lo único que me interesa a estas horas es una buena cama.

—¿No te gustaría tener un hermoso cadáver entre manos?

—¿Un qué?

—Un fiambre, Jack. Un tipo colgado de una cuerda en una casucha de madera vieja y carcomida, igual que en las películas de terror.

—¡Por vida de...! ¿Me estás tomando el pelo?

—Eso quisiera yo. ¿Vas a venir o no, Jack?

Titubeó. Seguramente estaba pensando en traspasar el caso al oficial de guardia que debía haberle relevado poco antes; pero, finalmente, no pudo resistir el empuje de su sangre de sabueso, y gruñó:

—Okey, maldita sea tu estampa. Dame la dirección y espérame ahí.

Le di las señas de la casa de madera y colgué, volviendo al coche apresuradamente.

Hamilton llegó cinco minutos después de que yo hubiera estacionado mi auto frente al jardín de la casona.

—Es indecente —me espetó al saltar a la acera.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que tropezar con cadáveres en cuanto te mueves. ¿Es que no puedes limitarte a los asuntos normales de los de tu especie? Divorcios y cosas así.

—Al diablo. Yo no fabrico los fiambres, Jack.

—¿Dónde está?

—En la casa. Yo te guiaré. ¿Por qué no te has traído a los expertos de la Brigada?

—Quiero ver antes la clase de tieso que me tienes reservado. Si se trata de un suicidio lo traspasaré al sargento Mulligan. Si es un asesinato, me encargaré yo personalmente.

—Ya veo; la publicidad y el ascenso, ¿eh?

—Cierra la boca. ¿No tienes una maldita luz?

Encendí la linterna eléctrica y le guié por el interior de la casa hasta donde estaba el ahorcado.

—¡Cuernos! —resopló Jack, al ver el espeluznante aspecto del muerto.

—Eso he dicho yo también, poco más o menos.

Probó el interruptor y la luz se encendió, alumbrando el cuadro con amarillenta claridad. Incluso así, siguió siendo horrible.

—¿Cómo has dado con él? —quiso saber, mientras se movía alrededor

de las piernas, que pendían de arriba.

Se lo conté someramente, adornándolo con algunos detalles de mi cosecha. Finalmente, dije:

—Ese bastardo de Coker ha estado a punto de volarme los sesos, ¿te das cuenta? No puede ser que me haya disparado solamente por ver en peligro su precioso coche, de manera que se me ha ocurrido que muy bien podía estar complicado en el crimen. Al verme rondar por aquí ha perdido la serenidad y ha disparado...

—Esa historia no se sostiene ni con alfileres —rezongó—. Si hubiese querido matarte, lo hubiera hecho, sin lugar a dudas, cuando estabas inconsciente.

—Tal vez ha creído que ya estaba seco.

—¿Sí? Bueno, entonces ya me contarás cómo ha seguido pensando eso al verte andar, dando tumbos de un lado a otro. Cuando ha sacado el coche de su garaje, forzosamente ha debido darse cuenta que habías desaparecido.

No tuve nada que objetar, entre otras razones porque yo estaba también convencido de que eso era cierto. Él prosiguió:

—Por otra parte, todo me induce a creer que ese fulano se ha suicidado...

—¿Colgándose a esa altura?

—¿No ves ese taburete de cocina? Se ha subido encima y lo ha volcado. Un método que nunca falla.

—¿Por qué traerse el taburete de la cocina hasta aquí, cuando disponía de media docena de sillas a mano? Además, esa cuerda... es muy corta.

—Ya me he dado cuenta. Tendré que medirla antes de afirmar nada. Medir la distancia que hay del suelo a los pies del muerto, la altura de este y la cuerda hasta ese garfio de la lámpara. Luego comprobaré la medida del taburete... si coinciden, se ha ahorcado.

—Te apuesto a que alguien le ayudó, Jack. Es la única explicación para que me soltaran un balazo.

—Puede haber una docena más de explicaciones mejores que esa. ¿Desde dónde has llamado por teléfono?

—He encontrado una cabina pública a cierta distancia de aquí; pero, posiblemente, en casa de Coker haya teléfono. Si quieres probarlo, la puerta posterior está abierta.

—¿Violentada?

—Vete al infierno, teniente.

Se fue, riéndose por lo bajo. Cuando regresó, dijo que había llamado al sargento Mulligan, y añadió:

—Buscaremos a ese Coker, pero me da en la nariz que tratas de utilizarme para que te saque las castañas del fuego.

—No seas suspicaz —le reproché—. No me interesa Coker

personalmente, sino el «Cadillac». Es por recuperar el coche que me pagan. Se tragó mi embuste sin comentarios y encendió un maltratado cigarro puro para entretener la espera. El sargento Mulligan llegó cuando ya la atmósfera estaba haciéndose irrespirable con la pestilencia del maldito cigarro.

Los expertos, apenas si necesitaron instrucciones para poner manos a la obra. Me mantuve apartado de ellos, viéndoles trabajar y tomar medidas con una cinta métrica. Jack y el sargento hicieron verdaderos equilibrios para conseguir sus propósitos, pero cuando dieron por terminada su tarea, Jack refunfuñó:

—No concuerdan.

—Lo cual indica que se trata de un asesinato, ¿no es así?

—Eso parece. Tal como está todo ahora, faltan casi cinco pulgadas para que los pies del fiambre rocen siquiera el taburete,

—Total, que quien hizo el trabajo tiró demasiado de la cuerda. ¿No has encontrado nada en sus bolsillos?

—En absoluto. No hay manera de identificarlo de momento, y menos con las facciones como están. Es horrible esa cara...

En eso estaba en lo cierto. No parecía el rostro de un ser humano, sino el de alguien monstruoso.

—Este caserón le vino de perlas al asesino —comenté—. Viejo y en venta. Me pregunto cómo consiguió atraer aquí a su víctima.

No replicó, dedicándose a cambiar impresiones con sus hombres. Casi me alegré de que se tratara de un crimen, por cuanto sería Jack quien seguiría adelante con el caso.

Media hora más tarde decidí largarme de allí. El teniente me recordó que debería firmar una declaración dando cuenta de cómo había descubierto el cadáver, pero no pareció particularmente interesado en hacerme más preguntas de momento.

Cuando pude meterme en cama aquella noche, quedé dormido instantáneamente. Pero las pesadillas no me dejaron en paz. Me parecía ver continuamente el espeluznante rostro del ahorcado, danzando a media altura en mi dormitorio...

No resultaba nada agradable ni mucho menos.

CAPÍTULO V

Eran más las once de la mañana cuando llegué a mi oficina. Había engullido tres aspirinas y un balde de café negro, pero incluso con ese tratamiento mi cabeza no estaba muy segura sobre los hombros.

Desde el pasillo oí el timbre del teléfono escandalizar dentro del solitario despacho. Llegué a tiempo de descolgarlo antes que se cansaran de llamar.

La voz aterciopelada y sensual de la secretaria de míster Loos, runruneó:

—No se retire, míster Lemmon; míster Loos desea hablarle...

—Que espere. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Muy bien. Nadie me sacó de la cama, si es a eso a lo que se refiere.

—No desespere, encanto, quedan más noches todavía. ¿Qué le pasa al viejo?

Sonó un chasquido y la voz irritada del pez gordo de la compañía, gruñó:

—¿Dónde demonio estaba usted metido, Lemmon?

—En la cama. He tenido una noche muy agitada. ¿Qué le sucede?

—No consigo entender su manera de comportarse, Lemmon —me espetó—. Le mando a por el coche y usted, en lugar de llevarlo al garaje de este edificio...

—Espere un momento.

—...en lugar de traerlo aquí inmediatamente —prosiguió, sin dejarme meter baza—, lo utiliza durante toda la noche y lo único que se le ocurre es dejarlo abandonado delante de mis oficinas. ¿Qué clase de tipo es usted, maldita sea?

Quedé sin habla.

—¿El «Cadillac» está ahí ahora? —pregunté, en el colmo del estupor.

—Como si usted no lo supiera.

—Está bien, me rindo. ¿Qué más tiene que decirme?

—Se supone que es usted quien debería tener algo que decirme «a mí».

—Coker ha desaparecido —dije cansadamente—. Le mantendré informado, si es que tengo algo que informar; de lo contrario, no oírás hablar de mí hasta que realmente pueda ofrecerle datos concretos. ¿O prefiere que le haga perder el tiempo solo para comentar el estado del mismo?

—¡Es usted...!

Bufó y acabó por colgar el teléfono de golpe.

Bueno, continuaba siendo el caso más absurdo de cuantos había tenido jamás. El mismo Coker debía haber devuelto el auto, después de todo el

jaleo armado con él. Y pocas horas antes había estado a punto de tumbarme de un disparo para evitar que me llevase el «Cadillac». Comencé a pensar que tal vez estuviera siguiendo las huellas de un chiflado.

Tal como estaban las cosas, solo podía esperar a que la policía sacara a Coker de su escondrijo. Si eso sucedía, pronto yo tendría mi oportunidad, aunque me pregunté de qué iba a servirle a míster Loos echarle la vista encima al escurridizo tipo cuando este estuviera entre rejas...

Estaba pensando en eso y en algunas cosas más, todas deprimentes, cuando el teléfono sonó una vez más. Al aplicármelo al oído, una voz de mujer inquirió:

—¿Hablo con Melwin Lemmon?

—En efecto. ¿Qué puedo hacer por usted?

Hubo una suave risita de burla. La voz sensual runruneó:

—Creo que tal vez yo pueda hacer algo por usted.

—¡No me diga! Además de hacer algo por mí, ¿puede decirme su nombre también?

—¿No se acuerda de mí, míster Lemmon?

Había una extraña insinuación en el tono, una cálida tonalidad de sugerencias...

—Francie —exclamé—. Francie Holman.

—¿Le gustaría venir a verme esta mañana, míster Lemmon? —dijo con el mismo tono—. Estoy junto a la piscina, igual que la otra vez...

—¿Luce el mismo «dos piezas», linda?

—No, otro de color negro.

—Apuesto que digno de ver. ¿Debo entender que está invitándome a tomar un baño en su compañía?

—¿Y por qué no? Aunque también tengo otra razón para invitarle.

—Lástima —dije, burlón—. Empezaba a creer que mi *sex-appeal* había causado estragos en su corazón. ¿Es algo que no puede revelarme por teléfono, Francie?

—Venga aquí —repitió suavemente—. Tengo algo importante para usted.

—Okey, usted manda. Considere que estoy llamando a su puerta.

—Usted no necesita llamar, míster Lemmon...

El susurro de su voz se extinguió y la comunicación quedó cortada.

Abandoné la oficina y antes de dirigirme a casa de la explosiva dama, pasé por mi apartamento, donde tomé un slip de baño para hacer los honores a la piscina de Francie. Con esa clase de señoras uno nunca sabe qué puede suceder.

Tal como me había anunciado por teléfono, estaba lánguidamente tendida junto al agua, sobre la silla extensible, pero esta vez tenía una baja mesita de hierro y cristal a su lado. Sobre la mesita había un recipiente con cubitos de hielo, una botella de whisky, dos vasos limpios y varias botellas

de soda.

No se levantó para darme la bienvenida. Limitóse a cederme su mano y sonreír como una estrella de la pantalla en una escena cumbre.

—Veo que trae su bañador —runroneó, señalando el que llevaba en mi mano—. Puede cambiarse en cualquier lado, en la casa. Luego vuelva aquí y tendrá preparada una bebida.

—Es usted una anfitriona excelente, Francie. ¿No teme las habladurías de los vecinos?

—No hay ninguno que pueda vernos desde su casa. Por otra parte, al diablo con ellos. Dese prisa.

Me di prisa. Incluso así, cuando regresé junto a la bella y desconcertante mujer, ya tenía los dos vasos preparados con whisky y hielo.

—¿Le gusta con soda? —indagó.

—Así está bien.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo. Estuve tentado de mostrarle la dentadura también, para que se hiciera una idea exacta y completa de mí, pero su sonrisa me desarmó.

—Yo lo prefiero con soda —dijo.

Abrí una de las botellas y le serví. Brindamos por nada, y después del primer trago me tumbé a su lado, sobre el muelle céspedes.

—Ahora puede hablarme de eso tan importante, Francie —empecé.

—¿Qué prisa tiene? No me diga que está trabajando incluso en estos momentos, míster Lemmon.

—Bueno, puede llamarme Melwin, si le parece. O Mel, como hacen mis amigos. Eso hará las cosas más fáciles.

—¿Qué cosas?

Pensé que si quería jugar a esa clase de juego, no iba a dejarla sola en la partida.

—Es usted un encanto, Francie —comenté—. Una mujer capaz de derretir un iceberg, pero hay una clase de diversión que es peligrosa, incluso para usted.

—No sé de qué me habla —rió, y sus ojos hicieron estragos en mi ecuanimidad—. No me ha dicho qué le parece mi nuevo traje de baño.

—Es tan diminuto que apenas si había reparado en él. De todas formas, es maravilloso, precisamente por su pequeñez.

Se llevó el vaso a los labios y saboreó el licor a pequeños sorbos, sin que sus ojos dejaran de jugar sobre mí. Casi me sentí incómodo, pero confié en mi estatura y desarrollo para resistir semejante análisis.

Realmente, el «dos piezas» era una obra de ingeniería modisteril. Era inconcebible cómo algo tan diminuto y frágil podía sostenerse tan apretadamente sin la ayuda de tirantes, cintos ni artilugios de ninguna clase.

—Estuve pensando en usted, Melwin —murmuró de repente.

—¿De veras?

—Así es; me intrigó, usted sabe. Traté de catalogarlo, de encajarlo en alguno de mis casilleros, y fracasé.

—¿Debo interpretar esto como un cumplido o significa que soy un bicho raro?

—No lo sé todavía. ¿No le gusta el whisky tal vez?

Había estado tan absorto recorriéndola con la mirada en toda su maravillosa extensión, que el licor había dejado de interesarme.

Agarré el vaso casi con violencia y lo vacié de un par de tragos.

—Es un buen whisky —asentí—; pero usted es superior y me había olvidado de él. ¿Qué estaba diciendo de unos casilleros?

—He conocido hombres de distintas clases, a algunos con suficiente intimidación para conocer exactamente su mentalidad, su interior. A eso me refería, ¿comprende? Me hice una especie de archivo mental de todos ellos, a fin de saber en todo instante cómo iban a reaccionar ante determinadas circunstancias. Solo me equivoqué una o dos veces. Pero usted me resultó distinto desde el principio.

—Ya veo. Quiere conocerme mejor, a fin de hacer mi ficha. ¿Se trata de eso?

—Solo en parte. Es cierto que me gustaría saber a qué atenerme con usted.

—Le gustaría saber cómo manejarme. ¿No es eso lo que quiere decir?

—No sea tan brusco, Mel...

Apuré su bebida y me ofreció el vaso. Preparé otras dos, le devolví el suyo y volví a tenderme sin dejar de contemplarla. Resultaba un espectáculo excitante, tal vez excesivamente fuerte para prolongarlo demasiado, bajo el sol que calentaba mi piel a fuego lento.

—Hay una característica común en casi todos los hombres que he tratado, Melwin —susurró, haciendo tintinear el hielo contra el cristal del vaso.

—¿Sí?

—Desde el primer instante de conocerlos —añadió, soñadoramente—, todos ellos se esforzaron siempre por hacer dos cosas.

—Esa puede ser una lección para mi futuro comportamiento. Siga, linda.

—Sí, claro... O bien se empeñaron en explicarme gráficamente lo maravillosos e importantes que eran, o se lanzaron a hacerme el amor como si tuvieran prisa. Bueno, usted no hizo ninguna de las dos cosas.

—¿Debiera haberlo hecho?

—No.

—Me alegro.

—Usted pareció burlarse un poco de mí, según mi opinión.

—Viéndola, es algo demasiado serio para burlarse. Pero entonces estaba trabajando, ¿lo ha olvidado?

Hizo un mohín de disgusto.

—Tengo la impresión de que sigue trabajando ahora.

Pensé sobre eso mientras ocultaba mi desconcierto en el vaso. Realmente, era un whisky de primera calidad. También me pregunté la razón por la cual me había llamado, y no llegué a conclusión alguna.

—Empiezo a creer que los hombres la han estropeado, Francie.

Mi comentario la obligó a incorporarse sobre un codo. Sus ojos brillantes me contemplaron desde su posición más elevada y de nuevo tuve la sensación de que estaba calibrándome.

—¿Por qué dice eso?

—Le han hecho creer que todo el sexo masculino estaba obligado a hacerle el amor de buenas a primeras. Si alguien deja de cumplir ese deber, usted comienza a preocuparse, piensa que tal vez su atractivo ha descendido, que los hombres no la encuentran ya irresistible y corre a mirarse al espejo para comprobarlo. Tras esto, quiere hacer una prueba exclusivamente para autoconvencerse de que sigue tan hermosa como de costumbre... y me elige a mí sin detenerse a pensar en nada más...

—No sabe de qué está hablando —me atajó—. Precisamente, es todo al revés. Estoy harta de los perrillos falderos. Hubo un tiempo en que los necesité, pero siempre me han inspirado desprecio.

—Ya veo.

—Usted no es ningún perrillo.

—¿De veras cree eso?

—Yo diría que es más parecido a un lobo, Melwin.

No pude menos que echarme a reír. Tras un instante de indecisión, ella coreó mi risa y sus labios húmedos y sin maquillar reflejaron la luz del sol con brillos de oro pálido.

Apuré el vaso y lo dejé a un lado. Con el mismo movimiento levanté el brazo y sujeté su mano en la mía. Empecé a tirar de ella.

—No sé cómo debe comportarse un lobo —dije—, pero trataré de hacer la mejor imitación posible.

Ella se deslizó de lado, dejándose caer junto a mí, sobre el césped. Su boca quedó tan cerca de la mía que noté el cálido aliento en mis labios.

Nos miramos durante unos instantes como antagonistas antes del combate. Algo se alteró dentro de mí, acelerando los latidos de mi sangre.

Confusamente, me dije que estaba al borde de un abismo o a punto de comportarme como uno de sus perrillos falderos, de manera que dije con voz un tanto insegura:

—¿Hablemos ahora de esa cosa importante que tiene para mí, querida?

Se echó atrás con un suspiro.

—Sigue trabajando —susurró—. Siento que podría llegar a odiarlo.

Desprendió su mano de la mía y se levantó con grácil agilidad, quedando de pie a mi lado. Cuando elevé la mirada para extasiarme en semejante escorzo, la luz del sol me cegó y rodeó su magnífico cuerpo con un aura dorada y volátil.

Corrió hasta el borde de la piscina, saltó y se zambulló limpiamente en el agua, cuyas salpicaduras centellearon igual que chispas de plata.

La contemplé cómo nadaba bajo la superficie hasta que emergió al otro lado. Entonces abandoné el césped y fui a nadar también, aunque solo fuera para aprovechar la mañana de sol.

En realidad, braceé para reunirme con ella, con una secreta esperanza que nada tenía que ver con el sol y que apenas si me atrevía a confesármela a mí mismo.

Me sostuve en la superficie, frente a ella, moviendo solo las piernas para no irme al fondo. Entonces alargué las manos y la sujeté por la cintura, atrayéndola hacia mí.

—Me pregunto a dónde nos conducirá esto —dije—, pero no me preocupa demasiado saberlo ahora.

Lo olvidé todo en unos segundos, incluso que nos encontrábamos en la piscina. Entonces, algo pareció cerrarse sobre nosotros, y cuando volví a la realidad advertí que nos habíamos sumergido y estábamos aterrizando en el fondo suavemente, igual que si flotáramos en el espacio.

Ella se apartó y, braceando con suavidad, regresó a la superficie en busca de aire. La seguí, todavía aturdido. Mis sienes golpeaban como martillos, no sé si por efecto del delirante y largo beso, o por la falta de aire en mis pulmones.

Al estar juntos otra vez, ambos nos echamos a reír. Tras unos segundos de indecisión, ella se deslizó hacia la escalerilla. Pensé que si debía seguir haciéndole el amor sería preferible hacerlo sobre tierra firme... y fui tras ella como un perrillo faldero.

No obstante, me comporté como un lobo, según su opinión.

CAPÍTULO VI

Cuando por fin volvimos a tendernos sobre el suave césped, con los vasos llenos y un cigarrillo al que arrancar nubes de humo, pensé que a partir de aquella mañana ya sabía lo que era el paraíso.

El sol había recorrido un buen trayecto en el intervalo, pero sus rayos continuaban cosquilleando sobre mi piel y el tiempo parecía haberse detenido hacía rato.

Francie extendió sus largas piernas,ladeó un poco el cuerpo y acabó apoyando la cabeza sobre mi pecho. Sus cabellos resultaron una suave caricia al desparramarse libremente.

Aspiré el humo del cigarrillo y dejé vagar la mirada por la inmensidad azul del cielo, como si esperase encontrar en él una explicación lógica a algo que no la tenía.

Francie había cerrado los ojos y respiraba acompasadamente, igual que dormida. Sobre la piel tostada de su cuerpo las luces y sombras adquirían formas de suaves contornos.

—Dame el cigarrillo, amor —pidió perezosamente.

Dio una larga chupada y me lo devolvió. Seguí fumando sin decir nada, pensando en esto y aquello y en lo absurda que es la vida algunas veces.

Y en Francie, naturalmente. Era caso obligado pensar en ella y sus desconcertantes reacciones.

Expelió el humo poco a poco, después de retenerlo largo tiempo en los pulmones. Con la última voluta, murmuró:

—Te has comportado como un ser humano, Mel.

—¿Por qué?

Siguió con los ojos cerrados, pero habló en el mismo tono, perezoso y lánguido:

—Ni una sola vez te has impacientado por saber lo que tengo que decirte.

—Casi lo había olvidado.

Alargó la mano y le cedí el resto del cigarrillo. Estuvo fumando hasta que lo terminó, y solo entonces dijo:

—Se trata del pequeño gusano.

—Lo suponía.

—¿Todavía te interesa?

—No sabes hasta qué extremo.

—No lo comprendo. Un presuntuoso sin pizca de sesos, sin un centavo... ¿Por qué se ha vuelto importante de repente?

—Sinceramente, nena; no lo sé. Me han encargado que lo encuentre, eso es todo.

—No te creo, querido, pero no importa. Ahora estás trabajando, aunque estés tan cerca de mí.

—Háblame de Coker.

Se removió, buscando una postura más cómoda, pero siguió con la cabeza sobre mi pecho. Parpadeó un instante al abrir los ojos, pero al sentir en ellos el brillo del sol, los cerró otra vez y suspiró.

—Me sacó de la cama anoche, querido.

No me incorporé de un brinco, porque me gustaba sentir sus cabellos desparramados sobre mí, pero acusé la sorpresa con un brusco movimiento. Ella enderezó un poco la cabeza y se movió hasta encontrar de nuevo su cómoda postura.

—Estate quieto, ¿quieres? —runruneó. Solo cuando se encontró a gusto, añadió—: Vino a verme casi a las tres de la madrugada. No sé cómo no le arrojé algo a la cabeza.

—¿Le permitiste entrar?

—Ni por equivocación; hablé con él desde la ventana del dormitorio. La abrí lo suficiente para oír su voz y que él pudiera oír la mía. No quise correr riesgos.

—Está bien, comprendo, nena. ¿Qué quería tu apasionado galán?

—Nunca ha sido mi galán... por lo menos, no del todo —rectificó—. Y solo era apasionado cuando él mismo se había autoconvencido de su futuro éxito. Entonces parecía otro hombre, aunque seguía siendo un gusano.

—Ya me he hecho una idea de su sicología. Ahora dime qué le trajo aquí a esas horas de la noche.

—Estaba asustado, Mel. ¿Te das cuenta? Incluso se había olvidado de representar su papel de hombre importante. No era más que un ratón amedrentado.

Alargué el brazo y tomé un cigarrillo del paquete que descansaba en el césped. Tras encenderlo, exhalé el humo tratando de disimular mi impaciencia. Ella prosiguió con voz más animada:

—Me preguntó si alguien había estado averiguando cosas sobre él. Quería saber si yo le había facilitado su nueva dirección a algún desconocido. No sabes lo que me divirtió verlo tal cual es.

—¿Le dijiste que me la habías dado a mí?

—Solo le hablé de un detective privado al que yo había dado la dirección. A medida que escuchaba, iba haciéndose más pequeño... creí que desaparecería tragado por la tierra. ¡Dios santo, qué asustado estaba!

—Y tú acabaste de atemorizarlo. Bien, ¿le dijiste algo más sobre el detective que le seguía las huellas?

—No podía revelarle mucho más. Él quería saber por qué le buscabas. Dije que no me habías informado de eso, pero que los detectives privados suelen trabajar por cuenta de otros; compañías de seguros, esposas celosas y cosas así. Como él no tenía esposa, añadí que posiblemente se trataba de

un seguro... Puedo asegurarte que eso no le gustó nada.

—Te pasaste de lista, cariño. No se trata de ningún seguro. ¿Pudiste ver si conducía el «Cadillac»?

—Seguro. ¿Crees que sería capaz de dar un paso sin el coche a estas alturas?

—Puedo asegurarte que a estas horas se ha desprendido del auto. ¿Qué más te dijo?

—Apenas nada más. Estuvo unos minutos sin saber qué hacer, si largarse definitivamente o seguir haciéndome preguntas, hasta que pareció adoptar una resolución y maldijo a alguien de una compañía financiera o algo así.

—Comprendo. Adivinó de dónde venían los tiros, reflexionó lo que eso podía significar y decidió devolver el «Caddy».

—¿Devolver el coche? Yo creí que era suyo.

—Diablos, suyo; pagó los dos primeros plazos solamente. Después desapareció, llevándose el auto.

—Qué estúpido... No obstante, Mel, ¿por qué lo ha devuelto ahora?

—Tu pequeño gusano no es tan tonto como crees, amorcito. Se ha dado cuenta que el detective que le pisaba los talones iba detrás del «Cadillac», para devolverlo a la compañía que había financiado su compra. Entonces ha pensado que la única manera de parar la investigación era devolviendo el coche, así que a primera hora de esta mañana lo ha dejado justo frente a la entrada de las oficinas de la compañía, seguro que sería descubierto por los directivos, estos ordenarían a su detective que dejara de buscar a Coker y el asunto estaría terminado. Casi se ha salido con la suya.

—¿Quieres decir que, a pesar de tener el coche, sigues persiguiéndole?

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Que me registren. El viejo gruñón no da muchas explicaciones cuando encarga un trabajo de esta índole.

Pasaron unos segundos sin que ella añadiera nada más. Fumé pensativamente durante corto tiempo, saboreando el tabaco y notando una creciente paciencia por algo que no podía determinar.

Cuando hube apurado el cigarrillo, arrojé la colilla al cenicero y gruñí:

—Cualquiera sabe dónde se ha metido ahora esa rata...

—¿Coker?

—¿Quién sino?

—Quizá pueda ayudarte a localizar a Coker, cariño

Dispuesto a no asombrarme por nada, me conformé con gruñir mi asentimiento y esperé. Añadió:

—A pesar de estar tan asustado, el pequeño me repitió una vez más que seguía enamorado de mí. Quería venir a vivir conmigo una temporada mientras él encontraba una casa digna de mí en otra parte, lejos de aquí.

—¿Qué te parece! ¿No te pidió nada más después de eso?

—Bueno, le dije sin rodeos lo que opinaba de él y de sus embustes. Le recordé que toda su vida había vivido de ilusiones de grandeza y le hice ver con toda claridad que estaba perdiendo el tiempo. Encajó la andanada como un hombrecito, Mel. Gocé lo indecible viéndole allí, al pie de la ventana, aguantando la tormenta.

—¿Qué siguió luego?

—Dijo que hoy podría convencerme de cuán equivocada estaba respecto a él, de manera que me telefoneará para saber mi última palabra. He leído algunas veces que es posible localizar el origen de una llamada, de manera que si estás aquí cuando llame...

—Eso solo puede conseguirlo la policía, contando con que la comunicación se mantenga el tiempo suficiente. ¿Sabes a qué hora se pondrá en contacto contigo?

—No, amor. Si quieres estar presente en la conversación, deberías permanecer a mi lado todo el tiempo... Cosa que, después de todo, no es nada agradable, creo yo.

—Sabes que me tienes preso en tus redes, nena, no me despegaré de ti hasta que suene ese teléfono, y cuando eso suceda dirás lo que yo te indique.

—Sí, querido.

La miré por si estaba burlándose de mí. Había una expresión irónica en sus profundos ojos y algo como una lucecilla refulgía en su fondo. Tanto podía estar riéndose de mí como del recuerdo de su pequeño gusano.

—Todo lo que tendrás que hacer —le expliqué—, será convencerlo de que te debates en un mar de dudas. Por una parte, deseas creer en él, le dirás que te has dado cuenta que muy bien podrías estar enamorada, pero que necesitas un poco de tiempo para decidirte. Que te deje un número de teléfono al que puedas llamar antes de la noche para darle una respuesta definitiva... pero todo esto dándole la sensación de que, realmente, deseas aceptar su proposición.

—Supongamos que es de noche cuando me llama. —Entonces le dirás que le telefonearás a primera hora de la mañana.

—Comprendo. No va a ser difícil. El pobre está deseando creer todo eso. Pero hay un inconveniente, querido; él puede decidir volver a llamarme en lugar de darme su número de teléfono.

—Es un riesgo que tenemos que correr. De todas maneras, si sabes manejarlo con habilidad, conseguirás que te lo facilite.

Quedó unos segundos pensativa, como repasando mentalmente todo lo que acababa de oír. Finalmente, asintió con un gesto.

—Lo haré, amor.

Pensé que esa fidelidad merecía un premio y me dispuse a dárselo, sin aguardar que realizase el trabajo. Me incliné sobre ella y sus labios se me

ofrecieron como una flor que se abre.

No llegué a rozarlos siquiera. Un estridente chirrido de frenos en la calle, hizo añicos el silencio del jardín. Después sonó el golpe de unas portezuelas al cerrarse y, acto seguido, unos pesados pies aplastaron la grava del sendero, acercándose a nosotros.

—¿Coker? —murmuré en voz baja.

—No puede ser...

No era Coker. Cuando los intrusos bordearon el seto recortado que flanqueaba el camino, reconocí al teniente Hamilton y al sargento Mulligan. Ambos se detuvieron en seco al vernos. Hamilton abrió la boca estupefacto, pero no pudo articular palabra.

Si había alguien en el mundo a quien no esperaba encontrar allí y en semejantes circunstancias, sin duda, era a mí.

CAPÍTULO VII

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —exclamé, cuando al fin se decidieron a salvar la distancia que les separaba de nosotros.

—Eso es algo que yo no necesito preguntarte a ti —rezongó.

Hice las presentaciones. Francie aceptó la presencia de los policías como si fuera la cosa más natural que pudiera darse. Todo lo que preguntó, fue:

—¿Son amigos tuyos, Melwin?

—Los polizontes no tienen amigos —reí—, pero en el caso del teniente, podemos hacer una excepción. Puedes invitarles a un trago y a compartir tu césped. Ya has visto que incluso se han quitado el sombrero...

—Iré a buscar unos vasos...

Se levantó con su sinuosa gracia de pantera joven. Los desorbitados ojos del sargento Mulligan amenazaron con salirse de las órbitas cuando se perdieron en la espectacular anatomía de la muchacha. No consiguió despegarlos de ella hasta que la vio desaparecer dentro de la casa.

Entonces, Hamilton gruñó:

—Eres un embrollón, compañero.

—Bueno.

—Me utilizaste para averiguar la dirección de esa mujer, maldita sea tu estampa. Cuando tengas algún lío particular, procura no acordarte jamás de mi nombre de ahora en adelante.

—No te precipites. Mi interés por Francie era puramente profesional cuando vine a verte.

—Seguro. He podido darme cuenta por mí mismo.

—Es un error juzgar basándote en las apariencias, pero ya sé que no voy a convencerte. ¿A qué has venido aquí, si no es ningún secreto?

—Después de ver ese cuadro, supongo que a perder el tiempo. ¿Olvidas que buscamos a Hillman Coker?

Lo comprendí con claridad meridiana.

—Ya veo —rezongué—. Has recordado que te pregunté por el teléfono de Francie, cuando empecé con el caso, y has decidido interrogarla.

—Poco más o menos, esa era la idea. Ahora supongo que tendré que pedir disculpas a esa mujer por nuestra intromisión aquí.

—¿Por qué tendrías que hacer eso?

—Porque imagino que ella no tendrá nada que ver con Coker, si se trata de uno de tus embrollos.

—Solo tu mente obscena puede haberte dictado semejante idea —le reproché con afectada indignación—. Francie fue realmente novia de Coker hasta hace algún tiempo.

Me miró con la duda reflejada en su cara. Finalmente, arrojó el sombrero a un lado y, sentándose en el césped, a mi lado, gruñó:

—Si eso es cierto, reconozco que tienes unos métodos muy rápidos, compadre. Cuando he asomado por el camino estabas a punto de besarla.

—Cosa que habría hecho si tú hubieras tardado un poco más en aparecer —levanté la cabeza y señalé el césped al sargento—. Siéntese, Mulligan. Considérese en su casa.

—Estoy bien de pie, gracias.

Continuó con el cuello torcido, la mirada fija en la casa, esperando recrearse de nuevo en la contemplación de Francie, tan pronto esta apareciera.

Jack resopló:

—Deja de hacer el payaso y dime qué has averiguado con ella.

—Ya te lo he dicho; fue novia de nuestro hombre. Lo ha visto algunas veces desde entonces y me facilitó la dirección de la casita que ya conoces.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—A juzgar por el grado de intimidad a que has llegado con esa dama, uno podría creer que había dejado de tener secretos para ti.

—Y ha dejado de tenerlos.

Respingó y soltó un bufido. La llegada de Francie le impidió replicar airadamente.

Ella se encargó de escanciar las bebidas en los dos vasos que acababa de traer. Después ofreció uno a cada policía y llenó los nuestros.

Entonces dije:

—El teniente está interesado por Coker, encanto. Puedes revelarle todo lo que me dijiste a mí la primera vez que estuve aquí.

Me miró, sorprendida, hasta que comprendió lo que quería darle a entender. Entonces sonrió y asintió con un gesto.

Para darle tiempo a adaptarse a la nueva situación, añadí:

—Y no hagas caso de los seriales de televisión, en los que todos los policías dicen enfáticamente que no pueden beber estando de servicio. Solo rechazan el whisky de mala calidad.

Mulligan se atragantó y me fulminó con la mirada. Después buscó dónde dejar el vaso, pero cambió de opinión y decidió a vaciarlo por completo antes de abandonarlo.

Hamilton no me hizo el menor caso. Concentró su atención en la muchacha y después de saborear un largo trago, murmuró:

—Puede hablar cuando guste, señorita Holman.

Francie le contó todo lo que yo ya sabía desde el primer momento que la viera, pero no dijo una palabra de la última visita de Coker ni de la probable llamada de este.

Hamilton escuchó con atención, pero no pudo ocultar su desengaño al

ver que nada de aquello podía ayudarle a pescar al fugitivo. Apuró el resto de whisky y masculló:

—Eso no nos sirve de mucho.

—¿Tienes vigilada la casa de Coker?

—Naturalmente, pero no ha aparecido por allí. También hemos averiguado un par de cosas más que aumentan mi interés por ese hombre.

Agucé el oído. Su tono reticente no podía engañar a nadie. Estaba seguro de apabullarme con sus descubrimientos y todo lo que yo tenía que hacer era mostrar asombro ante su sagacidad, de manera que le complacía.

Entonces añadió:

—Uno de los datos importantes, es que alguien vio juntos a Coker y a Guy Jasper hace algún tiempo,

—¿Quién es Guy Jasper?

—Creí que te había hablado de él cuando estuviste en mi despacho. Jasper era el cajero de la compañía de construcciones que emprendió el vuelo con doscientos cincuenta mil dólares.

Esta vez no necesité fingir mi asombro. Quedé estupefacto y sin habla.

—¡Atiza! —balbuceé cuando recobré la voz—. ¿Sospechas que hicieron el trabajo juntos?

—Esa es una posibilidad. No hemos podido saber más todavía de esa relación. Pero es indudable que se conocían.

—Eso no quiere decir nada —refuté—. Probablemente, ese Jasper tenía numerosas relaciones antes de escapar.

—Las tenía, naturalmente. El otro dato de interés, lumbrera, es que hemos identificado al hombre ahorcado en la casona de madera.

Se levantó pesadamente y dejó el vaso sobre la mesita. Sus últimas palabras habían quedado flotando en la atmósfera quieta del jardín como una nube de tormenta.

—¿Y bien? —le apremié.

—Era Guy Jasper.

Sacudió sus pantalones y recogió el sombrero. No atiné a formular ninguna pregunta, aturdido por la revelación. Él lo aprovechó para inclinarse ante Francie y darle las gracias por sus informes.

—Le ruego que si Coker vuelve a ponerse en contacto con usted, me llame inmediatamente a mi despacho.

Le dio una de sus tarjetas, que ella tomó maquinalmente. No se molestó en despedirse de mí, de manera que los dos policías habían desaparecido cuando salí del marasmo de estupor que me había dominado.

Inquieta: Francie murmuró:

—No comprendo nada, amor. ¿Qué es eso de un hombre ahorcado y de una casona de madera?

Le conté en pocas palabras mi descubrimiento en la vieja casa.

—Eso es lo que hace interesante a Coker a los ojos de la policía —añadí

al final—. Si hubo una relación entre los dos hombres, no es descabellado suponer que Coker se desembarazó de su socio para quedarse con todo el botín.

—Pero, Melwin... eso significaría que Hillman es un asesino...

—Ni más ni menos.

—No puedo creerlo.

—¿Por qué no? Él mismo ha estado pregonando repetidas veces que estaba a punto de tener dinero en grande. Ha tratado de convencerte de que iba a ser un hombre importante... piensa, incluso, comprar una casa lejos de aquí. Puede hacer todo eso contando con doscientos cincuenta mil machacantes.

—Pero tú no conoces a Hillman. Toda su vida ha estado diciendo más o menos lo mismo... Toda su imaginación se ha ido detrás de sus delirios de grandeza. Él mismo se convencía de cuanto decía, a pesar de que eran fantasías con las que creía impresionarme.

—Ya sé que hay tipos así, pero sería demasiada casualidad que estuviera relacionado con el cajero, y que luego este apareciera colgado en la casa vecina a la suya, sin contar con el recibimiento de que fui víctima la primera vez que encontré el «Cadillac» en su ruinoso garaje.

—No me convenceré nunca de que puede ser un asesino, Mel... No un hombre como Hillman Coker.

—He conocido algunos criminales de apariencia tan pacífica como un pastor metodista. Sin embargo, de momento todo son conjeturas. Recuerda lo que tienes que hacer cuando llame.

Permaneció pensativa un buen rato. Comprendí que el encanto que nos había envuelto hasta la llegada de los dos policías estaba roto, y me levanté.

—Será mejor que entremos en la casa, nena —decidí—. Coker puede decidir presentarse aquí en lugar de telefonar, y si me viera a mí, se perdería todo.

Fui a cambiarme de ropa a la habitación donde lo había hecho a mi llegada. Acomodé el revólver en la funda y, abrochándome la chaqueta, volví en busca de Francie.

La encontré en la cocina, atareada saqueando la nevera.

—Podemos comer un poco, mientras esperamos —murmuré.

—Perfectamente; pero será preferible que vayas a ponerte algo más encima, preciosidad, o me olvidaré otra vez de que tengo un trabajo importante entre manos.

Rio algo forzosamente, pero onduló el cuerpo al abandonar la cocina, ofreciéndome una última exhibición del inverosímil equilibrio del «dos piezas». Cuando regresó, unos minutos más tarde, se cubría con un vaporoso vestido de verano, de ancho vuelo, que acentuaba su cintura de niña, realizando al mismo tiempo la perfección de sus largas piernas.

Comimos casi en silencio. Parecía que no quedaban entre nosotros más temas de conversación, o tal vez la sombra de un crimen flotaba en el ambiente mezclándose con la imagen falsa de un hombre al que todo el mundo había tenido por un infeliz hasta poco antes.

Después de la comida ayudé a Francie a secar los platos. Tras eso, hizo café, y nos instalamos en una pequeña salita, cerca del teléfono.

De repente, ella murmuró:

—Melwin...

—¿Sí, querida?

—¿Por qué no has querido que dijera al teniente que Coker está a punto de llamarme?

—Apenas si yo mismo lo sé. Lo más absurdo, es que yo mismo le llené la cabeza de fantasías para que buscara a Coker, ahorrándome trabajo. O, por lo menos, entonces yo creía que eran fantasías.

—Si eso es cierto, todavía es más sorprendente que ahora quieras ocultarle esos datos.

—Ya te digo que no estoy muy seguro de mi actitud, necesito reflexionar a fondo en el problema para decidirme. No obstante, pienso que a mi cliente le gustaría mucho tener a Coker en sus manos antes que la policía.

—¿Por qué razón?

—Lo ignoro. Pienso que tendré que hablar seriamente con el pez gordo para saber el terreno que piso, si no quiero verme metido en un buen lío con la policía. Si, por lo menos, Coker llamase pronto...

Pero el fulano no tenía prisa. Las horas transcurrieron sin que entre Francie y yo pudiera volverse a establecer la cálida corriente pasional de la mañana. Consumí los cigarrillos que me quedaban, agoté la provisión de Francie y acabé con la garganta seca y los nervios de punta.

A las siete de la tarde decidí que ya había perdido demasiado tiempo.

—Tendrás que representar la comedia tú sola, cariño —dije, abandonando la butaca en la que había permanecido durante horas—. Te veré esta noche, o te llamaré regularmente para saber si Coker ha telefoneado. ¿Crees que podrás desarrollar tu papel sin traicionarte?

—Seguro, Melwin; pero me gustaría que estuvieras a mi lado cuando él llame.

—También me gustaría a mí, pero debo hacer otras cosas mientras tanto.

Se colgó de mi brazo para acompañarme a la puerta. Allí nos detuvimos y la abracé, besándola como despedida.

—Te esperaré —prometió en un susurro.

Le dije que volvería a su lado tan pronto fuera posible, y la dejé sola. No pude menos que lamentar el hecho de que la mañana hubiera terminado tan pronto...

CAPÍTULO VIII

Después de una tormentosa conversación telefónica, míster Loos accedió a recibirme en su casa, convencido de que era la única manera de librarse de mí por aquella noche.

El viejo tiburón poseía un regio apartamento en la cumbre de un edificio de nueva planta que se elevaba en la esquina de Burkman Road y La Brea. Una sirvienta, enfundada en un ajustado uniforme negro, me condujo a través del palacio hasta una amplia terraza, bordeada de flores exóticas, en la cual míster Loos saboreaba un costoso cigarro y gozaba del suave aire de las alturas.

—Siéntese, Lemmon, y sea breve. Detesto tratar asuntos de negocios fuera de la oficina.

—Usted tiene la culpa de que yo me vea obligado a venir aquí. Afortunadamente, quien paga mi tiempo es usted, de manera que no me importa mucho perderlo.

Refunfuñó y rebulló dentro del gran sillón en que estaba hundido,

—Al grano —exigió, expeliendo una bocanada de humo.

—Usted me encargó que buscara a Hillman Coker, a pesar de que ya había localizado el «Cadillac». Como de costumbre, se guardó las razones de su demanda, obligándome a dar una serie de palos de ciego que solo me han hecho perder el tiempo. Ahora las cosas han cambiado y necesito algunos datos más.

—Le escucho.

—En primer lugar, la policía está buscando a Coker por sospecha de asesinato.

—No me importa lo que haga la policía. Tráigame a ese bastardo antes que los polizontes le echen el guante.

—No es tan fácil como usted cree, míster Loos.

—Si fuera fácil, no le estaría pagando a usted. ¿Qué quiere saber con respecto a Coker?

—Diablos, todo —exclamé—. ¿Por qué quiere encontrarlo? No puede ser a causa del «Cadillac», ya que este lo tiene usted a buen recaudo. ¿Se trata tal vez de algo relacionado con Guy Jasper?

Respingó, enderezándose. Sus ojillos astutos taladraron los míos como brillantes barrenas.

—Por lo menos, no ha permanecido usted con los brazos cruzados —comentó—. ¿Qué sabe usted de Guy Jasper?

—Solo que se llevó un cuarto de millón de la compañía para la cual trabajaba de cajero. También he averiguado que Coker se entrevistó con él, por lo menos una vez, hace algún tiempo. ¿Es que usted conoce algún otro

detalle sobre este asunto?

—Solo que Coker y Jasper se conocían.

—Bueno, sigo sin ver la razón de su interés por el asunto del desfalco.

—Veo que no tengo más remedio que revelarle eso también —rezongó, disgustado—. Nuestra compañía, aparte de las operaciones de financiamiento, tiene también sección de riesgos diversos, entre ellos cubrir, mediante una variante de seguro, la integridad de los altos empleados de las compañías importantes.

—Más claro, por favor.

—Se lo explicaré —gruñó. Chupó el puro, se dio cuenta que se le había apagado y lo arrojó con furia a un rincón de la terraza. Tras esto, prosiguió —: Cuando una compañía concede un empleo en el cual el empleado se ve obligado a manejar sumas importantes, concierta un seguro con nosotros, o con otras empresas similares, por un valor determinado, casi siempre el tope máximo de las cantidades que el nuevo empleado va a manipular. ¿Comprende ahora?

—Creo que sí. Mientras el empleado no saca los pies del cesto, todo va bien; ustedes se embolsan las cuotas de la póliza y asunto terminado. Pero si uno de esos asegurados, en este caso Jasper, abre las alas y emprende el vuelo con el contenido de la caja, ustedes tienen que pagar una indemnización.

—En líneas generales esta es la verdad. Guy Jasper estaba respaldado por uno de nuestros seguros.

—Ya veo. Si no aparece el botín, su compañía tendrá que abonar un cuarto de millón. ¿Es así?

—Doscientos mil dólares. Esa es la cantidad asegurada.

—No deja de ser un buen pellizco. Pero, si es así, ¿por qué demonios no me encargó buscar a Jasper en lugar de Coker?

—Solo supe que Coker estaba estrechamente relacionado con Jasper, después que usted hubo localizado el «Cadillac». A juzgar por las apariencias, los dos actuaban juntos en este asunto, de manera que decidí pescar a Coker particularmente. De Jasper estaba ocupándose toda la policía del Estado, así que, si en realidad existía un cómplice, era lógico suponer que, por lo menos una parte del botín, estaría en su poder. Mi interés se centra en recuperar la mayor parte del dinero en juego a fin de evitarnos tener que pagar esa maldita póliza.

—Comprendo —me levanté y di unos pasos por la terraza, reflexionando. Se me ocurrió que forzosamente debía haber algo más en el fondo del asunto y me encaré con el viejo pirata—. Dígame, míster Loos; ¿no es costumbre en las compañías de seguros ofrecer un porcentaje de las cantidades recuperadas en un caso como este?

Se enderezó tan vivamente como si acabaran de pincharle.

—Debería darse por satisfecho con una cuenta de gastos ilimitada,

Lemmon —me espeté.

—¿Qué hay de mi pregunta?

—Bueno... tendría que hablarlo con mis socios.

—Hable con ellos, míster Loos —le aconsejé con amabilidad—. Entretanto, buscaré a Coker, aunque se esconda en el infierno. En cuanto a Guy Jasper, ya no podrán reclamarle su parte del botín. La policía ha identificado su cadáver como el de un hombre que yo encontré colgado en una casa vieja y en venta.

Abrió la boca, asombrado. En un instante comprendió lo funesta que podía llegar a ser semejante noticia. Con Jasper muerto, solo Coker podía estar enterado del paradero del cuarto de millón.

Suponiendo que Coker fuera cómplice de Jasper, claro, cosa que no estaba probada todavía.

—¿Está seguro? —balbució finalmente.

—Por completo.

—Entonces... la importancia de Coker se ha duplicado...

—Eso parece. No obstante, tengo la impresión de que podré encontrarlo antes que pueda gastar demasiado dinero. No olvide el asunto del porcentaje recuperado, míster Loos.

—Usted se encargará de que no pueda olvidarlo. ¿Qué se propone hacer ahora?

—Acostarme, sin duda alguna. Mañana hablaré con el director o gerente de la compañía de construcciones y con todo aquel que pueda informarme de la posible amistad entre Jasper y Coker. A menos, claro está, que capture a este antes de mañana.

—¿Piensa capturarlo desde la cama? —rezongó con mordacidad.

—Bien podría suceder. Buenas noches, míster Loos.

Lo dejé en su terraza, sumido en sueños negros de desesperación. Me pareció que aquella noche no podría pegar un ojo, inquieto por la suerte que pudieran correr los doscientos mil dólares de la póliza... a menos que fuera recuperado el cuarto de millón.

Busqué un teléfono público y comuniqué con Francie.

—Todavía no ha llamado, Melwin —me anunció con desaliento.

—Sigue esperando —pedí—. Estaré contigo dentro de una hora aproximadamente.

Regresé al coche dispuesto a comprobar una corazonada. Afortunadamente, para la gestión que me proponía no era impedimento lo tardío de la hora.

Mientras conducía, repasé mentalmente lo que sabía del carácter de Hillman Coker. Era un individuo dominado por el delirio de grandezas hasta el punto de creerse él mismo sus propias fantasías. Había soñado siempre con poseer dinero abundante, sin conseguirlo nunca. Jamás había podido adquirir un coche hasta que se lió la manta a la cabeza y compró el

«Cadillac», mediante la compañía financiadora del viejo Loos. Con el coche de lujo en su poder, se sintió poco menos que el rey del mundo, pero después del segundo plazo, no pudo seguir pagándolo. Muy bien; así las cosas, en lugar de devolver el auto, escurrió el bulto decidido a correr toda clase de riesgos a cambio de conservar su precioso vehículo... Se había acostumbrado a él hasta el extremo de que el «Caddy» había llegado a representar en su retorcidamente el símbolo de su imaginaria importancia, la clave de su hipotético éxito.

Pero al fin, y para evitar mayores males, había tenido que devolverlo. Sin coche, todo su castillo de naipes se venía abajo.

Incluso contando con que fuera realmente el cómplice de Jasper, no se atrevería a utilizar el dinero tan pronto para adquirir otro. ¿Qué podía hacer para recuperar la confianza en sí mismo que un coche de lujo le infundía?

—Alquilar uno —me dije a mí mismo, en voz alta.

Eso era, sin duda alguna.

La mayoría de establecimientos dedicados a alquiler de coches de lujo no cierran jamás sus puertas, ni de día ni de noche. A todas horas llegan viajeros a la ciudad procedentes de los más alejados puntos del país. Muchos de ellos necesitan un auto para desplazarse rápidamente y con independencia, de manera que el negocio es tan floreciente con luz de sol como bajo los focos de luz artificial...

Detuve mi viejo cacharro delante del gran escaparate de uno de esos negocios. Así inicié una ronda nocturna que me llevó a todos los puntos cardinales de la ciudad. Hube de desgranar la misma historia infinidad de veces, sin obtener éxito alguno, ganándome algunos gruñidos de disgusto de los soñolientos empleados, y desesperando al fin de conseguir nada positivo.

Hasta que recalé en la central de la compañía «Heards».

El dependiente voló a mi encuentro cuando me vio penetrar en el brillante salón de exposición. Seis coches relucientes, de distintas marcas y modelos, se alineaban bajo los reflectores.

Sin dejarme abrir la boca, el atildado dependiente me disparó un discurso, ensalzando las cualidades de cada uno de los coches allí expuestos, recomendándome un convertible rojo, cuyo motor, por lo visto, era una réplica exacta de los utilizados en los cohetes espaciales, a juzgar por su velocidad.

Cuando comenzó a faltarle el aliento, se vio obligado a hacer una pausa, que aproveché para espetarle sin rodeos:

—No quiero alquilar ninguna de sus joyas, amigo. Solo deseo hacerle unas preguntas.

Su rostro se ensombreció. Dejó de parecerse a un anuncio de crema dental para indagar:

—¿A estas horas de la noche?

—Si a estas horas puede alquilarse un coche, igualmente pueden formularse preguntas. Por lo demás, es posible que tenga que agradecerme mi visita.

—Eso es algo que dudo mucho. ¿De qué se trata?

—Ando buscando a un hombre que ha alquilado un coche —dije, dando las cosas por hechas—. Supongo que lo ha hecho en el día de hoy, posiblemente por la tarde.

—¿Lo ha alquilado aquí?

—No lo sé. El tipo se llama Hillman Coker. No creo que haya podido utilizar un nombre falso, por cuanto ustedes exigen documentos para ceder uno de sus vehículos ¿no es cierto?

—Efectivamente. Hillman Coker...

Quedó pensativo. Yo insistí:

—Es posible que se haya decidido por un «Cadillac».

—Veré el registro de salidas. En todo caso, debe haberse presentado aquí antes de las ocho...

Seguí al elegante individuo hasta una oficina encristalada, donde él se sumergió en el examen de un libro de gran tamaño.

—¡Aquí está! —exclamó de repente.

Suspiré, satisfecho. Había acertado.

—En efecto —añadió el dependiente—. Se ha llevado un «Cadillac» modelo Eldorado, convertible, color crema, matrícula X-B, 3915.

Anoté todos los datos. Luego, pregunté:

—¿Qué dirección ha dado?

Nueva consulta al libro.

—Catalina Street, 4691, en Brentwood Heights.

Lo anoté también, aunque dudando que aquella dirección fuera otra cosa que una falsedad más del amigo Coker.

Aunque, después de todo, era posible que hubiera dicho la verdad. Desde el momento que había devuelto el «Cadillac» a la compañía financiadora, el hombre debía considerarse seguro por ese lado. En cuanto a Guy Jasper y su dinero, la mentalidad especial de Coker debía haberle hecho creer que nada ni nadie podría jamás relacionarle con el excajero ni con el cuarto de millón. Para él, su mente era la más brillante de cuantas pululaban por la ciudad.

Alguien debería sacarle de su error...

CAPÍTULO IX

Encontré a Francie envuelta en una vaporosa nube rosada que flotaba alrededor de su cuerpo como un soplo de aire. Y era tan transparente como el aire también.

—¿Nada todavía? —pregunté, notando que mis ideas comenzaban a ofuscarse ante aquella visión,

—Aún no, Melwin. Debe haber cambiado de idea. Ya no llamará...

—Si está enamorado de ti, no querrá perderte, nena. Sigue junto al teléfono un poco más, ¿quieres?

—¿Y qué vas a hacer tú?

—He averiguado algunas cosas más, entre ellas una posible dirección en la que Coker puede estar escondido.

Se irguió, sorprendida.

—¿De veras lo tienes?

—No lo sé todavía. Tal vez sea una pista falsa dejada por él cuando ha alquilado un coche. He de comprobarlo. Entretanto, es posible que telefonee.

—Me pone nerviosa esta espera —se quejó—. Si por lo menos estuvieses aquí...

—Si estuviera aquí, viéndote todo el tiempo con esa mosquitera por toda indumentaria, creo que ni siquiera oiríamos el teléfono, encanto. Pero volveré en cuanto haya comprobado esas señas que tengo, o te avisaré si he dado con tu pequeño gusano. ¿Conforme?

Hizo un mohín de disgusto y la besé para pagarle lo que estaba haciendo por mí. A fin de cuentas, quien se llevó un agradable regalo fui yo al besarla.

Conduje a buena velocidad sin encontrar excesivo tránsito debido a la hora. Atravesé Westwood y no reduje la marcha hasta encontrarme en Brentwood Heights, fuera de los límites de la ciudad.

Cuanto más pensaba en Coker, más me convencía de que, en cierta manera, era un retrasado mental, alguien a quien una inteligencia superior podría manejar a su antojo, como debió hacer Guy Jasper cuando planeó el formidable asunto del desfalco. Hasta que Coker se dejó cegar por la ambición, toda su vida retenida, de ser rico y mató a su cómplice creyendo que por el simple hecho de colgarlo de una cuerda todo el mundo creería en un suicidio, lo cual acabaría también con la investigación policiaca acerca del cuarto de millón.

Me costó no pocos rodeos localizar la empinada calle que buscaba. Por si Coker estaba allí, dejé el coche a una manzana de distancia del número correspondiente a la casa y anduve silenciosamente por la acera.

Una vez más, me encontré con una casita pequeña rodeada de un minúsculo jardín, aunque esta se diferenciaba de la primera que había ocupado el fugitivo, en que estaba bien cuidada y limpia, recién pintada. Había un pequeño garaje al fondo del lote de terreno, casi oculto por la edificación. Las puertas estaban cerradas y no había luz en ninguna ventana.

Contemplé los alrededores desde el otro lado de la calle, antes de decidirme a probar suerte. Cuando me convencí de que no había nadie a la vista, crucé, y no encontré dificultad alguna en saltar la cerca de madera, pintada de blanco, que rodeaba la propiedad.

Pensé que lo más importante era comprobar si el coche alquilado estaba en el garaje. Eso sería suficiente para mí de manera que me acerqué a la parte posterior, andando como un gato.

El garaje carecía de ventanas, excepto un tragaluz en la parte superior de la pared lateral. Comprobé que las puertas estaban sólidamente cerradas y ahagué una maldición. Sabía que estaba jugándome la licencia si aquella casa no estaba ocupada por Coker. Podrían acusarme de allanamiento, intento de asalto...

Me estremecí al recordar que estaba fuera de los límites de la ciudad y, por tanto, fuera también de la jurisdicción en la que podía moverse el teniente Hamilton. Todo eso no contribuyó precisamente a calmar mis tirantes nervios.

Tras unos intentos, me convencí que para abrir aquella puerta sería preciso hacer más ruido del que yo podía desear, de manera que lo dejé correr y me acerqué a la casa.

No era nada de particular. De construcción sencilla y funcional, solo destacaba por estar recién pintada y restaurada, lo que me hizo pensar que había estado por alquilar hasta muy recientemente.

Había una puerta posterior, cerrada. La cerradura era relativamente nueva y de modelo sólido. Tampoco me sedujo la idea de violentarla.

Poco a poco, rodeé todo el edificio hasta el porche delantero, elevado a poca distancia del suelo. Todo estaba sumido en sombras y silencio por aquella parte. Un lugar pacífico en el que debía resultar aburrido vivir.

Seguí deslizándome hasta la esquina del porche. Entonces, repentinamente, algo hirió el aire con violento susurro, por encima de mí.

Instintivamente, agaché la cabeza y me dispuse a saltar. No me dejaron tiempo. Un objeto duro como una piedra se abatió contra mi cráneo, lanzándome de bruces sobre el suelo de tierra, con un relámpago de dolor estallando ante mis ojos.

Por puro instinto rodé sobre mí mismo buscando la protección de la esquina. Cuando me detuve en ella, aturdido, tenía ya mi «38» policial en la mano.

Comprendí que no hubiera perdido el conocimiento bajo el mazazo,

gracias a haber ladeado la cabeza, de tal manera que el golpe me dio de refilón. En realidad, todo el salvaje dolor que había desatado en mi cabeza era debido más al profundo rasguño que ya llevaba que al golpe en sí.

Escruté la oscuridad con el dedo tenso sobre el disparador. Se habían acabado los juegos. Tanto si Coker era un retrasado mental como si se trataba de una lumbrera, iba a darle más plomo del que podría desear en todos los días de su cochina vida.

Distinguí un leve movimiento al otro extremo del porche. El tipo trataba de deslizarse hacia la esquina más alejada. Comprendí que tenía el propósito de rodear la casa para sorprenderme nuevamente.

Bueno, él se lo había buscado.

Levanté el cañón del revólver y disparé. El retumbar del arma se esparció en la noche, levantando dormidos ecos y sembrando la alarma en el vecindario.

No pude saber si había conseguido herir a mi atacante pero de todas formas escuché unos pasos que se alejaban a todo correr rumbo al jardín del otro lado.

Salté hacia adelante impulsado por la ira. Pero no llegué a dar ni dos pasos, sin que tuviera que apoyarme en la pared, mientras el mundo danzaba a mi alrededor como un tiovivo...

Por lo visto, el golpe había sido más efectivo de lo que había supuesto. O tal vez la primitiva herida se había resentido...

En alguna parte, en la primera calle lateral, sonó el rugido de un poderoso motor al ser acelerado brutalmente. Después, unos neumáticos rechinaron y el coche se alejó hasta que dejó de oírse. Una vez más, el retrasado mental me había burlado y vencido. Era algo vergonzoso para alguien como yo, que se considera un profesional...

Me deslicé fuera de allí antes que los vecinos hubieran encontrado valor suficiente para salir a investigar el origen del pistoletazo. No quería tener que dar explicaciones a la policía del condado, y menos sin tener ninguna prueba de que realmente era Coker quien había escapado.

Justamente cuando llevé el coche calle abajo por la pronunciada pendiente, un auto-patrulla me cruzó rugiendo y alborotando con la sirena a toda marcha.

Tan pronto me vi lejos de aquella vecindad, reduje la velocidad, bajo el temor de que mi insegura cabeza perdiera el control y un accidente terminase la obra que el asesino había intentado por dos veces.

No quise dirigirme a casa de Francie, entre otras razones, porque mis piernas apenas me sostenían y ansiaba un largo descanso en mi cama. Además, no deseaba dar más explicaciones aquella noche.

Así que me encerré en mi apartamento, descolgué el teléfono y marqué el número de la muchacha. Tan pronto escuché su voz, pregunté:

—¿Ha telefoneado, querida?

—¡Oh, eres tú! —exclamó—. No, Melwin, no ha llamado todavía.

—Bueno, olvídalo, nena. Creo que esta noche ya no lo hará.

—¿Vas a venir aquí?

—Esta noche no, preciosidad. No estoy en condiciones de mantenerme de pie ni un minuto más. Mañana te lo contaré todo...

—Dime, por lo menos, qué ha sucedido. ¿Has localizado esa dirección?

—Sí, y era la de Coker, aunque este ha logrado escabullirse una vez más. Está asustado, de manera que no me parece probable que se acuerde de hacerte otra declaración de amor por el momento. De todas formas, linda, no abras la puerta a nadie esta noche. Ni las ventanas, dicho sea de paso.

—Está bien, Melwin; pero voy a pasar una noche muy aburrida...

—Consuélate pensando que queda muy poco de la noche. Te veré por la mañana.

—¿Sigo con la comedia si Hillman telefonea?

—Naturalmente.

Nos despedimos y colgué. Casi arrastrándome me acerqué al lecho. Apenas si tuve tiempo de quitarme la chaqueta y los zapatos antes de desplomarme sobre el colchón, completamente dormido.

CAPÍTULO X

La compañía constructora en la que Guy Jasper había trabajado de cajero, se denominaba «Westlake Constructions Company». Tenían las oficinas en un edificio de tres plantas, dos de las cuales les pertenecían.

Había una secretaria entrada en años detrás de la mesa de recepción. Sus gruesos lentes centellearon cuando levantó la cabeza para examinarme rápidamente. En alguna parte, detrás de las paredes que cercaban la sala de espera, varias máquinas de escribir ametrallaban el bien organizado silencio imperante allí dentro.

—Deseo ver a míster Westlake —anuncié—. Trabajo para la compañía «Loos y Graven» de financiaciones.

—Veré si míster Westlake puede recibirle...

Manipuló un intercomunicador y dio cuenta de mi pretensión con voz impersonal. Después movió una clavija y una voz metálica, dijo:

—Hágale pasar a mi despacho, señorita Horst.

El gerente de la compañía estaba mejor instalado que su recepcionista. Daba la impresión de que todo el dinero que había ahorrado en las oficinas generales lo había empleado en decorar y amueblar su despacho privado.

Míster Westlake estrechó mi mano y me señaló una butaca.

—Imagino que sus jefes estarán bastante disgustados con lo que ha sucedido, míster...

—Lemmon —dije—. En efecto, no se sienten felices al tener que abonar doscientos mil dólares a causa de ese desfalco.

—A nadie le gustaría, qué duda cabe. Pero he leído que Guy Jasper está muerto, ahorcado. Ahora nadie sabrá dónde escondió el dinero de manera que no le quedan muchas esperanzas a su compañía, míster Lemmon.

—No es esa mi idea. ¿Ha oído hablar usted alguna vez de un hombre llamado Hillman Coker?

Trató de recordar el nombre, pero esbozó un gesto negativo y quiso saber:

—¿Es alguien que tal vez estaba en combinación con Jasper?

—Hay suficientes indicios para creer que sí. ¿No ha oído nunca ese nombre, míster Westlake?

—Estoy seguro que no.

—¿Podría preguntarles lo mismo a sus empleados cuando termine con usted? Quizá algún compañero de Jasper le oyera alguna vez hablar de él, aunque solo fuera por teléfono.

—Puede hacer las preguntas que desee. No le ocultaré que soy el primer interesado en descubrir el paradero de ese dinero, entre otras razones porque, aunque la compañía aseguradora pague, a mí me costará

cincuenta mil dólares.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Qué clase de tipo era Jasper?

—Un buen empleado hasta que cometió el desfalco. La verdad, es que yo debiera haberme dado cuenta que tramaba algo, cuando arregló las cosas para que en un momento determinado hubiese en la caja fuerte esa enorme suma. Por regla general, jamás tenemos más del importe de una nómina, pero se concedió una paga extra, y Jasper llevaba un retraso de varios días en pagarla, de manera que se juntaron la paga extra, más una nómina general y los sueldos de los técnicos, además de una buena cantidad para efectuar una serie de pagos en metálico de pequeñas facturas. Pequeñas —añadió—, pero que entre todas ellas formaron una respetable cantidad.

—Ya veo. ¿Observaron algún cambio en el cajero durante los últimos tiempos de su empleo con ustedes?

—Que yo sepa, no. Era un hombre insignificante, todavía joven, a pesar de sus cincuenta años.

—¿Soltero?

—Sí. Aunque últimamente parecía dispuesto a dejar de serlo. Algunos de los otros empleados se reían de él al comentar esos amores tardíos.

—Comprendo. ¿Recibió alguna visita fuera de lo normal en los días anteriores al desfalco?

—En absoluto, aunque sí parecía estar más nervioso que de costumbre. Fui un estúpido al no sospechar de él, entre unas cosas y otras. Pero llevaba tantos años trabajando a plena satisfacción, que no se me ocurrió que podía jugarme una mala pasada.

No adelantaba mucho con ese interrogatorio. Hice algunas preguntas más y me despedí del gerente, el cual dio instrucciones a la secretaria para que me acompañase a la oficina general.

Hablé con los empleados que habían tratado más íntimamente a Guy Jasper. Todos coincidieron en que el cajero era un hombre ordenado y metódico, incapaz de alterarse ni siquiera cuando no le salían las cuentas y tenía que repasarlas una y otra vez.

Descorazonado, llegué finalmente a la sección de caja. Consistía esta en un despacho enrejado, parecido a una gran jaula. Imaginé a Jasper encerrado entre aquellas rejas años y años, contando dinero, manejando billetes que no eran suyos y germinando en su mente la idea del desfalco...

Había un hombre de unos cuarenta años detrás de las rejas. No me prestó atención cuando penetré en la oficina que quedaba fuera de los barrotes, y en la que trabajaban dos hombres más jóvenes.

Uno de ellos apenas si levantó los ojos de la complicada máquina electrónica de calcular que manejaba, de manera que me desentendí pronto de él y me acerqué al otro, instalado al otro extremo del despacho frente a otra máquina tan complicada como la otra.

A mis primeras preguntas, gruñó desabridamente:

—¿Es usted policía, míster Lemmon?

—Privado. Trabajo para la compañía afianzadora de Jasper.

—Comprendo. ¿Qué quiere saber?

—Todo lo referente a Jasper. Veo que usted trabajaba muy próximo a él, ¿no es cierto?

—Más de lo que se figura. Yo era su ayudante.

—Bien, tal vez con usted tenga más suerte. ¿Qué clase de hombre era? Porque supongo que ha leído las noticias sobre su muerte.

—En efecto. Bien, no puede decirse que fuera muy divertido trabajar con él, pero era eficiente y raras veces tenía que repetir una operación.

—Y usted le ayudaba, ¿no es cierto?

—Así es. Pero nunca pude sospechar que fuera capaz de una cosa semejante.

—¿Quién es el nuevo cajero?

Me pareció descubrir una expresión de despecho cuando volvió la cara un instante hacia los barrotes de caja.

—Un recién llegado. El jefe lo ha contratado fuera de la empresa. En justicia, el cargo me correspondía a mí, ¿no le parece?

—Seguro —dije, para halagar su resentida vanidad—. Usted, como ayudante de Jasper, estaba en condiciones de conocer todas las interioridades del negocio...

—Quizá por eso no me han ascendido ahora —quejóse—, porque sé demasiado de los trapicheos financieros del jefe.

—¿Trapicheos? Me gustaría que me aclarase eso.

—Bueno, yo... creo que ya he hablado demasiado. No me gustaría perder el puesto.

—Nadie va a saber lo que hablemos usted y yo. Le garantizo que será completamente confidencial. ¿Qué pasa con su jefe?

—Estamos en mala posición económica. Se han retrasado la mayoría de pagos, un par de las obras en curso se han suspendido, nadie sabe por qué... y, por fin, el golpe de los doscientos cincuenta mil. No me sorprendería que nos fuésemos al diablo todos nosotros.

—Más claro, amigo.

—El jefe está tratando de convencer a los bancos para que le concedan créditos a largo plazo. Él pone como pretexto la pérdida de ese cuarto de millón, pero yo sé que se trata de mucho más. El secreto está en que ha querido abarcar demasiado a un tiempo y se le ha terminado el dinero. Me di cuenta hace ya tiempo, cuando me ocupaba de los libros, en la caja.

—Y ahora, con el nuevo cajero, ¿no le ayuda usted?

—El jefe decidió que mi ayuda no era necesaria. Mira que poner un extraño en la Caja, aunque venga recomendado y respaldado por un montón de certificados... No —repitió entre dientes—, no me sorprendería

nada que esto se fuera al diablo en cualquier momento.

—Estábamos hablando de Jasper. Me han dicho que pensaba casarse, ¿es eso cierto?

—No lo sé. Él me habló algunas veces de la suerte que había tenido al conocer a la mujer de la que se había enamorado. Pero nunca me habló de la boda.

—Ya veo. ¿Conoce usted a alguien llamado Hillman Coker, o ha oído ese nombre antes de ahora?

—¿Coker? No sé... Espere —exclamó de pronto—. Jasper lo llamaba algunas veces por teléfono.

—¿Desde el despacho?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No sé, quizá un par de meses, quizá menos. No puedo estar seguro.

—¿Antes no?

—Que yo recuerde, nunca antes.

—Pero sí pudo haberse puesto en contacto con él más recientemente de lo que usted recuerda, ¿no es cierto?

—Naturalmente. En estos últimos tiempos parecía haber cambiado mucho. Entre la mujer que había conocido y Coker... Sí, ahora estoy seguro de haber escuchado ese nombre varias veces, cuando Jasper lo llamaba por teléfono.

—¿Podría recordar usted también algún detalle de la mujer, algo que nos permitiera saber quién es? Posiblemente ella pueda ayudarnos, ¿comprende?

—Lamento no poder decirle nada importante de ella. Todo lo que recuerdo es que Jasper dijo alguna vez que ella vivía con su hermano... o con algún otro familiar en un apartamento sencillo. Pensaba hacer reformas en él si ella lo deseaba para hacerlo más agradable y más cómodo.

—¿Y ese apartamento...?

Se encogió de hombros.

—Nunca me dijo la dirección. Lo único que sé es que no estaba lejos de aquí, en la calle Frost creo, aunque es solo una vaga impresión.

Recordé que todos los edificios de la calle Frost eran grandes colmenas de apartamentos de categoría media. Era imposible localizar uno de ellos sin más datos de los que poseía.

—Está bien —dije—, me ha ayudado usted mucho, amigo. Lamento que no le hayan dado el ascenso.

—El jefe es así. Ha preferido a un extraño... Menos mal que esto se va al diablo con toda seguridad.

Pensé que era un triste consuelo, pero unas cosas trajeron otras y la cosa me pareció digna de ser estudiada con más detenimiento.

No obstante, me largué de allí sin tratar de ver nuevamente al gerente.

Tratar de arrancar un informe a un banco sobre uno de sus clientes es más difícil que arrancarse una muela soplando, de manera que no lo intenté siquiera. Me limité a visitar una especie de lince incrustado en el mundo de la Bolsa sin más títulos para ello que su fabulosa astucia y una especie de extraña facultad que le permitía saber con desconcertante antelación qué valores estaban a punto de pegar un salto hacia arriba, o cuáles iban a descender verticalmente.

Ese zorro se llamaba Paul Gilli y una vez, hacía algún tiempo, había podido sacarlo de un embrollo del que, de no mediar mi oportuna intervención, posiblemente hubiera salido con más de una cicatriz adornándole su cara chupada y huesuda.

—Me alegro mucho de verle por aquí, Lemmon —exclamó con acento de sinceridad.

—Yo también me alegro de volver a verle, Gilli. Quiero consultarle algo profesional.

—Adelante, dispare.

—Tengo algunos ahorros y desearía emplearlos en acciones. Alguien me ha aconsejado comprar «Westlake Constructions». ¿Qué le parece a usted?

Sus astutos ojillos se achicaron repentinamente.

—Opino que el que le ha aconsejado semejante cosa está rematadamente loco. O tal vez es alguien que le quiere arruinar a usted, Lemmon. Ese papel no vale ni la tinta en que está impreso.

—¡No me diga!

—Mire, esas acciones...

Se interrumpió de golpe y se irguió un poco en el sillón. A pesar de eso, siguió casi oculto por la gran mesa de despacho debido a su corta estatura.

—¿Y bien? —indagué.

—Así que es eso —gruñó

—¿El qué, Gilli?

—Usted no quiere comprar acciones de ninguna clase. En realidad, la Bolsa le importa un bledo, Lemmon.

Esbocé una sonrisa y asentí con un gesto.

—He querido ver su reacción, Gilli. ¿De manera que Westlake está en dificultades?

—Y de las grandes. No creo que le concedan crédito alguno por el momento. Por lo menos, hasta que se vea cómo termina el asunto ese del desfalco.

—¿Se ha enterado de la muerte del cajero?

—Lo he leído en los periódicos. Algo muy extraño, ¿no cree? Dígame, ¿para quién está trabajando usted, Lemmon?

—Para una compañía afianzadora. Tenían respaldado a Jasper por

doscientos mil dólares.

Silbó quedamente.

—¡Cáscaras! —exclamó—. Eso y un poco de suerte tal vez sirva para que Westlake levante la cabeza, ¿eh?

—Es posible...

Escrutó mi cara con insistencia.

—¿En qué está pensando? —inquirió con suavidad.

—En una idea descabellada... absurda, pero posible, si uno se detiene a pensarlo.

—Creo que veo a dónde quiere ir a parar. Si el desfalco hubiera sido una artimaña tramada por Westlake, en combinación con su cajero...

—¿Usted conoce a Westlake?

—Perfectamente. Es un tipo capaz de cualquier triquiñuela para hacerse con doscientos mil dólares. Y eso sería una jugada maestra, ya que los doscientos cincuenta mil iniciales seguirían en su bolsillo.

—No corra tanto. ¿Cree también que es capaz de cometer un asesinato?

—¿Quién habla aquí de un asesinato?

—Yo. Jasper fue asesinado sin duda alguna. No se ahorcó por su propia mano, aunque la policía no lo ha revelado todavía.

—Eso cambia las cosas, Lemmon... No; no creo que Westlake fuera capaz de llegar a ese extremo. Tal vez en un caso desesperado perdería la cabeza, pero no con doscientos cincuenta de los grandes todavía en su poder.

—Un momento, Gilli; estamos hablando sobre una base falsa. Esos doscientos cincuenta mil, o la mayor parte de ellos, iban a salir de sus manos rápidamente, ya que eran para efectuar una gran cantidad de pagos.

—Realmente, Lemmon, presenta usted las cosas de la manera más negra para Westlake. No obstante, no puedo verlo como asesino... Carece de escrúpulos para los negocios, pero eso es algo muy distinto.

—Está bien, dejémoslo. He venido aquí para enterarme de la solidez de su compañía. Veo que es tan quebradiza como el cristal en la actualidad.

Me levanté. Él no se movió de su cómoda postura y cuando estreché su mano, dijo:

—Si alguna vez tiene realmente unos ahorros para colocar, venga a verme, Lemmon. Le proporcionaré lo mejor del mercado.

—Mucho me temo que esa circunstancia no se dará en muchos años, Gilli. Tengo una fatal habilidad para no guardar jamás ni un centavo.

Sonrió con su cara de zorro y yo abandoné el despacho con nuevas dudas en torno a mí.

Westlake había entrado repentinamente en mi cuadro mental del caso. Su entrada había resultado arrolladora y, de encajar en el engranaje, casi me solucionaba el problema.

Sin embargo, conocía lo bastante a Paul Gilli como para confiar en sus

certeros juicios sobre los negocios y los hombres de presa que los manejaban.

Claro que podía equivocarse...

Como podía equivocarme yo. Solo podría salir de dudas echándole el guante al maldito Coker. Era desesperante que un cretino semejante pudiera burlarme una y otra vez, escurriéndose casi de entre mis dedos.

Naturalmente, también estaba burlándose de la policía, pero eso, a fin de cuentas, no era ningún consuelo para mí.

CAPÍTULO XI

Una vez más aquella mañana, telefoneé a Francie desde mi despacho. Su voz llegó tan cálida como de costumbre, aunque con un acento tenso.

—¡He hablado con él, Melwin! —exclamó tan pronto me identificó.

Respingué en el asiento.

—¿Cuándo, Francie?

—Hace más de una hora. He tratado de comunicar contigo, pero no estabas ni en tu despacho ni en el apartamento. Estoy asustada, querido... muy asustada.

—¿Por qué, te ha amenazado acaso?

—A su manera, sí. Estaba como loco, tú sabes; me ha acusado de haberle traicionado. Ha proferido los peores insultos contra mí.

—Está bien, cálmate. Ahora mismo salgo para tu casa y podrás contarme todo eso. Si ese bastardo ha perdido la serenidad, cometerá un error en cualquier momento y entonces le caeré encima de una vez por todas. No obstante, querida, no abras la puerta a nadie hasta que yo llegue.

—No tardes...

Salí de estampida y manejé el coche como si tuviera que ganar una carrera de obstáculos.

Todas las puertas y ventanas de la casa estaban cerradas cuando llegué, sin embargo, ella debía estar esperándome cerca de alguna de ellas y me vio llegar, porque la puerta se abrió cuando me acerqué a ella. Me encontré con la muchacha entre los brazos antes de haber pronunciado una sola palabra.

Cuando pudo hablar, susurró:

—Esto es una pesadilla, querido...

—Tranquilízate. Necesito que me cuentes lo que Coker ha dicho por teléfono con el mayor detalle. ¿Sabes dónde se esconde?

—No...

—¿Y no te ha dejado su número de teléfono?

—Lo he intentado. No sé todavía cómo he conseguido dominarme y recitar mi papel... pero al final he conseguido calmarlo lo suficiente para que hablara con sensatez...

—Así no vamos a ninguna parte —la atajé—. Comienza por el principio, ¿quieres?

Suspiró y, sin soltarme, me condujo al interior de la vivienda. No se preocupó de las bebidas ni pareció acordarse de nada más que de hablar, manteniendo apresada mi mano entre las suyas.

—Cuando me puse al teléfono —empezó—, creí que todo iba a ser tan fácil como lo habíamos planeado tú y yo. Pero ni siquiera me ha dejado

hablar. Se ha lanzado a gritarme insultos, a llamarme traidora, diciendo que lo había vendido y que por mi culpa había perdido el «Cadillac». Después ha barbotado algo referente a otro coche mejor y a una gran cantidad de dinero que había pensado compartir conmigo....

—¿No ha mencionado la cantidad?

—No, solo ha repetido que era mucho, pero diciendo también que yo no vería un centavo de él, que me despreciaba y que, si se le presentaba la ocasión, ajustaríamos cuentas. Todo eso chillando como un loco.

—La huida y el disparo que zumbó junto a su oreja anoche deben haberle desquiciado el poco seso que le quedaba. Sigue, amor.

—He estado tentada de colgar el auricular, pero esforzándome, he logrado que me escuchase, Melwin... Sea como sea, he conseguido calmarlo, pero ha sido espantoso tener que darle a entender que estaba enamorada de él... después de todo lo que me había dicho.

—Okey, comprendo el mal rato que has sufrido. ¿Qué ha decidido él después de tu recital?

—Tal como habíamos convenido, he intentado que me diera un teléfono al que llamarle más tarde para quedar de acuerdo definitivamente, pero ha replicado que no estaba en ningún lugar fijo, que alguien trataba de acorralarle para robarle lo que era suyo. Y otra vez ha afirmado que tenía el mejor coche del mercado y que con él nadie podría darle alcance. Al fin, y cuando ya desesperaba de obtener ningún resultado, ha decidido fijar un lugar en el que encontrarnos esta tarde.

El corazón me dio un vuelco al escucharle. Finalmente, íbamos a caer encima del fulano que parecía reírse de todos los sabuesos de la ciudad.

—¿Dónde, querida?

—Espera... lo he anotado en un trozo de papel que he encontrado a mano...

Tomó un trozo de papel recortado de cualquier manera, que estaba junto al teléfono, y me lo tendió. Con letra picuda y nerviosa ella había escrito:

Helmet Sun Motel, doce millas antes de Indio City, junto al
Whitewater River.

—Estará esperándome a las cinco de la tarde, Melwin.

Doblé el papel y lo guardé en el bolsillo.

—Perfecto, nena. Esta vez no escapará.

—¿Te propones ir solo en su busca?

—¿Por qué no? Es un caso mío y me pagan por resolverlo. Incluso es posible que si recupero el dinero obtenga un porcentaje que nos permita largarnos de vacaciones una temporada, amorcito.

Trató de sonreír, pero estaba demasiado nerviosa para lograrlo, de

manera que abandonó el intento.

Cuando me levanté, insistió con sus temores.

—Por favor, Melwin; haz que te acompañen esos policías amigos tuyos... Estaré más tranquila si sé que no vas solo al encuentro de Coker. El cambio que ha experimentado puede hacerle peligroso, ¿te das cuenta?

—Yo también puedo serlo, a plena luz del día. No te inquietes, saldré entero de este viaje.

Y, realmente, fue todo un viaje, a pesar de que no pude gozar del maravilloso paisaje que se extendía en suaves ondulaciones hasta las montañas de San Bernardino.

No encontré ninguna dificultad en localizar el parador cuyo nombre Francie había anotado en el papel. A poca distancia de las cabañas diseminadas alrededor del edificio central, discurrían las lentas aguas del río Whitewater en busca del lago Salton Sea. El paraje no podía ser más idílico. Un lugar perfecto para una cita con una mujer tan hermosa como Francie, aunque el hombre que la hiciera no fuera más que un asesino con la mente tan retorcida como un sacacorchos.

Detuve el coche en el aparcamiento del Motel y paseé la mirada por los demás vehículos estacionados allí. Ninguno era el «Cadillac» alquilado por Coker.

Me pregunté dónde estaría escondido el tipo. Si esperaba a la muchacha, no asomaría la nariz a menos que la viera. Comencé a pensar que debía haberla traído conmigo. Pero hubiera sido obligarla a correr un riesgo demasiado grande, de manera que dejé de pensar en eso y me enfrenté con el encargado.

Ni siquiera había oído el nombre de Hillman Coker.

—Tal vez se ha inscrito con otro nombre —aventuré—. Sabrá usted de quién se trata, si le digo que lleva un coche muy espectacular. Un «Cadillac» color crema, convertible, con matrícula de Los Ángeles.

—No he visto ningún coche como este por aquí, amigo —aseguró el hombre—. Con toda seguridad que lo recordaría.

—No es posible. Ese tipo ha fijado una cita aquí para las cinco de la tarde. Y se trata de algo muy importante para él, así que sin duda ha acudido.

—Quizá ha cambiado de idea... Solo pasan quince minutos de las cinco. Puede haberse retrasado por cualquier causa, ya sabe lo que pasa en la carretera. Un pinchazo, o una avería... incluso un accidente como el de esta mañana.

—¿Qué accidente?

—He oído decir que un coche ha saltado la barranca de Green Rock, a unas tres millas de aquí, en dirección a Indio. Se ha hecho papilla.

—¿El coche?

—Y el conductor. Cuando han podido sacarlo, estaba hecho puro

carbón. Se ha incendiado, ¿sabe?

Un vago presentimiento me invadió llenándome de zozobra.

—¿No han mencionado la clase de coche que era?

—Pues, no... Unos camioneros estaban comentándolo. No lo he escuchado todo, ya sabe cómo son esas cosas.

—¿Quién lo ha sacado de esa barranca?

—Imagino que el *sheriff* de Indio, aunque es posible que el coche todavía esté abajo. Se necesitará una grúa para izarlo hasta la carretera.

Tomé una rápida decisión, cada vez más inquieto.

—¿Y dice usted que ese paraje queda a unas tres millas de aquí?

—En dirección a Indio City, sí, señor.

—Gracias; veré si se trata de mi amigo.

Maniobré para sacar el coche a la carretera y, lanzándolo como un bólido, pensé en Coker, en los doscientos cincuenta mil dólares y la posibilidad de que hubiera estado viajando con ellos. Si estaban dentro del «Cadillac», y si era él quien se había estrellado, podía despedirme del porcentaje y mister Loos de sus doscientos mil de la póliza.

Descubrí el lugar del accidente porque había dos coches detenidos al borde de la carretera y sus ocupantes miraban hacia la profundidad del barranco, comentando vivamente lo que estaban viendo.

Estacioné a un lado y me uní a ellos. Pude distinguir la negra masa del coche, aplastado entre unas rocas gigantescas. El fuego lo había destrozado por completo y la caída se había encargado de retorcer el metal de la carrocería hasta un punto indecible. No obstante, me fue posible identificar las aletas traseras del auto como las de un «Cadillac» último modelo.

Unos minutos más tarde, los dos automovilistas se cansaron de contemplar el espectáculo y se largaron. Era lo que había estado esperando.

Aterrándome a las rocas con pies y manos, descendí a riesgo de romperme el cuello, hasta donde estaba el quemado vehículo.

Ya antes de llegar a él, adquirí la certeza de mi sospecha. En los salientes de las rocas en los que había golpeado al caer, pude encontrar partículas de pintura color crema. Luego, ya abajo, la placa delantera de matrícula acabó de disipar toda posible duda, ya que las cifras y los números eran en relieve. Con toda seguridad que se trataba del «Cadillac» alquilado por Coker en la compañía «Hearts». El entusiasta dependiente iba a llevarse un berrinche cuando se enterara del trágico fin de su hermoso juguete.

Bueno, se había acabado Hillman Coker de una vez para siempre. También, muy posiblemente, se habían volatizado definitivamente los doscientos cincuenta mil pavos del desfalco, convertidos en humo y ceniza dentro del horno en llamas en que había terminado el coche.

Claro que esto los expertos del laboratorio policíaco podrían comprobarlo cuando analizasen los restos calcinados, pero incluso si no hubieran estado allí los doscientos cincuenta billetes grandes, podíamos despedirnos de ellos igualmente. Nadie era capaz de adivinar qué escondrijo había sido capaz de imaginar la retorcida mente de Coker.

El pobre míster Loos tendría que pagar después de todo. Tal vez le daría un ataque...

O tal vez me arrojaría por la ventana de su despacho por haber tardado tanto en dar con Coker.

Seguro que, por lo menos, desearía hacerlo...

CAPÍTULO XII

De regreso a la ciudad, y antes de intentar ver al viejo Loos en su domicilio privado, hice una visita al teniente Hamilton.

En su despacho apenas se podía respirar, a causa del pestilente humo de su pestilente cigarro.

—Un día de estos vas a acabar reventado —le vaticiné con tranquilidad—. Ese veneno que fumas acabará con tus pulmones.

—Bueno, en todo caso son míos, así que deja de preocuparte por mi salud. ¿Qué nueva y genial idea te ha traído aquí?

—Tengo noticias, Jack. No te gustarán.

—¿Algún nuevo cadáver?

—En parte, sí, aunque no como tú supones. Coker se ha matado esta mañana en un accidente de auto.

Le conté lo sucedido desde el momento en que Francie me había facilitado la pista del escurridizo bastardo. Saqué el papel del bolsillo y se lo dejé.

—Si conoces ese paraje, te darás cuenta del viajecito que acabo de hacer entre la ida y la vuelta.

Leyó las señas del parador y gruñó entre dientes.

—Así que carbonizado —rezongó—. Supongo que el paquete de billetes habrá ardido igualmente.

—Por eso he venido a verte. Tú puedes hacer que uno de los expertos del laboratorio analice todas las cenizas de papel que encuentre en el coche. Es fácil identificar los restos de los billetes.

—¿No han sacado el coche de allí, todavía?

—No lo creo.

—Mandaré a alguien para que se ponga al habla con el *sheriff* de Indio, para que le autorice a retirar todos los restos de papel que haya en el coche. Espérame aquí.

Dejó el trozo de papel mal cortado sobre la mesa y salió. Saqué un cigarrillo, lo encendí y me dispuse a aguardar pacientemente.

Tuve tiempo de apurar todo el cigarrillo sin que Jack hubiera regresado. Me levanté, aburrido, y medí la estancia a grandes zancadas, de un extremo a otro. Cuando me cansé, me detuve junto a la ventana y contemplé las crecientes sombras de la noche extenderse sobre la ciudad como las alas de la muerte.

El deprimente espectáculo me disgustó, así que di la espalda a la ventana y volví a mi asiento. Distraídamente, tomé el papel que me diera Francie y jugueteé con él entre los dedos, retorciéndolo, doblándolo y alisándolo una vez tras otra.

Las picudas letras escritas por Francie parecían entremezclarse entre sí, cambiar de forma y de significado. Enrollé el trozo de papel como si quisiera formar un cucurucho. Las letras fueron desapareciendo en la cara interior, esfumándose, cambiando de forma.

Traté de leer lo que quedaba a la vista. No hubo manera de conseguirlo. Seguí enrollando el papel y de nuevo lo intenté. Algo pude leer esta vez:

Frost Street, 1692

Bueno, lo había conseguido. Sentí deseos de reír, burlándome de mí mismo.

Entonces quedé tenso, tieso como un poste. Algo semejante a un lejano retumbar de tambores gigantes comenzó a repercutir dentro de mi cerebro, creciendo, y el estruendo se hizo insoportable y el papel escapó de mis manos, volando hasta posarse suavemente en el suelo.

No pude moverme a recogerlo. Mi cuerpo había quedado tan rígido como si fuera de madera, mientras algo puntiagudo barrenaba mi pecho, en el lugar en que debería haber tenido el corazón, pero que me parecía vacío, horrendamente vacío.

Así me encontró Jack cuando volvió.

—Acaban de partir dos de los muchachos del laboratorio —anunció, yendo a instalarse en su sillón.

Entonces se fijó en mi actitud. Algo debió ver en mi rostro contraído que le hizo pegar un brinco y quedar de pie, apoyado sobre la mesa.

—¡Eh, Mel, muchacho! —exclamó, alarmado—. ¿Qué diablos te sucede?

No obtuvo respuesta. No pude responderle.

Precipitadamente, rodeó la mesa y me zarandeó como a un muñeco.

—¡Vamos, no sigas así, maldita sea! ¿Qué es lo que tienes?

—Jack... —balbucí.

—Sí, bueno, pero dime qué te sucede. ¿Te sientes mal?

—Me siento en el mismo infierno.

Algo, en alguna parte, rechinó como una sierra de cinta. Me costó comprender que eran mis propios dientes.

Hamilton dejó de sacudirme y se precipitó al teléfono.

—Es mejor que llame al doctor, Melwin... Necesitas que te dé algo para reaccionar.

—Deja en paz a tu matasanos... Estoy bien.

—¡Cuernos estás tú bien! Si pudieras verte la cara.

—Cállate. Necesito pensar, Jack. Hay algo monstruoso metido en mi mente... deja que lo eche fuera.

Asustado, seguramente creyéndome loco, se dejó caer en su asiento y permaneció alerta, sin apartar su mirada de mí.

Dejé pasar el tiempo, un largo e interminable lapso de tiempo para mi

creciente espanto. Finalmente, casi sin voz, pregunté:

—¿Tienes una muestra de la escritura de Guy Jasper?

—¿Cómo? Naturalmente...

—Tráela. Y tráete un perito calígrafo también.

Comprendió por mi expresión que no estaban las cosas para discutir y abandonó nuevamente el despacho a toda prisa.

Lentamente, como si mi mano pesara una enormidad, tomé el trozo de papel del suelo y volví a depositarlo cuidadosamente sobre la mesa.

Cuando Jack regresó, acompañado de un hombre de unos sesenta años, equipado con unos gruesos lentes sobre su prominente nariz, le arrebaté la hoja de papel que traía en la mano. Había una serie de cifras escritas y, al final, unas frases relativas a ciertas cuentas de un almacén de cementos.

Coloqué los dos papeles juntos. La letra del papel de Jasper y la del anverso del trozo que yo había traído era idéntica.

—La mano de Jasper escribió las dos cosas, Jack —dije con voz ronca—. Puedes hacerlo comprobar si quieres.

El perito se encargó de la comprobación, valiéndose de una potente lupa que sacó de un bolsillo. La tarea no le llevó ni un minuto.

—No hay duda, Hamilton. Es la misma letra.

Jack me miró sin comprender todavía. Hice que despidiera al experto y entonces dije:

—Ese trozo de papel estaba en poder de Francie. Lo ha roto de un sobre para anotar esa dirección del Motel. No te has fijado que, en la otra cara, quedaba parte de unas señas urbanas...

—Sigo sin comprender, Melwin.

Me vi obligado a contarle mi conversación con el exayudante de caja de la empresa de Westlake y lo que el resentido muchacho me había revelado acerca de los amores de Jasper, del cambio de este y de la situación del apartamento en que vivía la mujer que le había vuelto el seso del revés.

—Me dijo que el apartamento estaba en la calle Frost, aunque no sabía el número. ¿No te das cuenta todavía? Jasper dirigió una carta a esa dirección de la calle Frost, y el sobre estaba en poder de Francie, en su casa...

—Espera un minuto —me atajó.

Guardé silencio. Poco a poco, los engranajes de su mente metódica como una máquina de calcular se pusieron en marcha. Poco después, su mirada acusó el sobresalto de la comprensión.

—¡Por todos los diablos, Melwin! —estalló—. Ahora lo veo...

—Quisiera no haberla conocido, Jack... No haber intervenido en este asunto maldito...

—¿Tan hondo te llegó?

—No lo sé cierto, pero algo me ha sucedido en unos minutos. Me siento como un viejo de mil años.

—Eso pasará pronto. Veamos si recorremos el mismo camino. Tú crees que Francie Holman fue la inductora del desfalco. ¿Es eso?

—¿Puede ser de otra manera, una vez que se piensa ten ello? Engatusó a Jasper, un hombre de mediana edad, solitario y retraído y que apenas si conocía a las mujeres. Lo volvió loco, Jack, y para darse la personalidad que sabía interesaría al huraño Jasper, alquiló un sencillo apartamento en la calle Frost. Seguramente dejó de vestirse con la provocativa elegancia que acostumbra... le presentó a un supuesto hermano...

—Hillman Coker.

—Eso es. Entre todos planearon el golpe. Supongo que para Francie no ofreció ninguna dificultad convencer al pobre Jasper de que, para su felicidad lejos de aquí, necesitaban dinero, mucho dinero...

—Ya veo. Cuando lo tuvieron en su poder, Coker buscó un caserón donde no fuera fácil que alguien descubriese el cuerpo y asesinó al molesto socio, con la sana intención de que, cuando fuera descubierto, todo el mundo creyera en un suicidio, arrepentido por lo que había hecho.

—Eso es —asentí—. Pero el estúpido de Coker olvidó el «Cadillac» y la compañía financiadora, lo cual me obligó a intervenir a mí. Cuando me vio rondando el garaje, perdió la serenidad. No estaba acostumbrado a pensar por su cuenta, sino que era Francie quien guiaba sus acciones... y, obrando por su propia cuenta y riesgo, me soltó un balazo que no me dejó seco por verdadero milagro.

Jack asintió a todo eso, convencido de que yo estaba en lo cierto. Todo parecía encajar perfectamente. Entonces, añadí:

—Pero Francie también había formado sus planes. Sabía que Coker no era más que un retrasado mental que en cualquier momento podría ponerla en apuros. Y con una jugada de tamaño magnitud, no quiso correr riesgos. Me engatusó como a un cadete, solo para poder grabar en mi mente una imagen errónea de la personalidad de Coker, a fin de que, cuando llegase el momento, nadie se extrañase de su muerte ni de la desaparición del cuarto de millón.

Eso obligó a Jack a enderezarse una vez más:

—¿Pretendes que es ella quien tiene el dinero?

—Casi estoy seguro. Coker fue el encargado de arrebatárselo a Jasper cuando lo mató. Seguramente que, enamorado de su «Cadillac», fue en él donde guardó su fortuna, mientras remataba el trabajo en la casona de madera. Por eso perdió el mundo de vista cuando me vio merodear junto al coche y trató de matarme también. Después, cuando vio que yo había escapado, cogió el coche y huyó. Cuando debió contar todo eso a Francie, esta seguro que se sintió feliz al ver que su plan seguía los pasos marcados por su cerebro criminal. Coker cargaría con todas las culpas y ella con el cuarto de millón.

—Tómalo con calma, muchacho. ¿Qué me dices de esas llamadas

teléfono de Coker a la muchacha, y de esas visitas?

—Pura fantasía. Esos recelos formaban parte del plan. La prueba que eran bien urdidos es que me los tragué con caña y todo. Yo me había formado ya un retrato sicológico de Coker y todo encajaba en su carácter. Incluso, cuando yo la informé de que había averiguado la nueva dirección del bastardo ese, gracias a haber alquilado un coche, se apresuró a llamarlo por teléfono para que me pusiera fuera de combate. Imagino que le contaría una historia de las tuyas para convencerlo de que no me matara. Yo le convenía vivo, la muy...

—Está bien, Melwin. Vamos a ver a esa dama.

Pero supongo que te das cuenta que no tienes una maldita prueba entre manos para obligarla a confesar.

—¿Crees que no lo sé? Nuestra única esperanza está en encontrar los doscientos cincuenta mil dólares escondidos en su casa. Ni siquiera podremos achacarle la muerte de Coker, si te detienes a pensar en eso.

Me miró largamente. Luego gruñó:

—Sí, seguro que ella preparó el accidente. Era el acto final con el que quedaba dueña absoluta de la fortuna... y eliminaba de paso el único peligro de ser descubierta algún día.

—Afortunadamente, ese pedazo de papel la ha delatado tan bien como si Coker hubiese podido hablar.

Jack repitió:

—Vamos, le apretaremos las clavijas.

—Yo no.

Se detuvo en seco, junto a la puerta.

—¿Qué has dicho?

—No voy a intervenir en eso, Jack... Tengo miedo de no poder contenerme, ¿comprendes? Siento que sería capaz de matarla por... por lo que me ha arrebatado.

—Ya veo. ¿Piensas quedarte aquí hasta mi regreso?

—Sí. O tal vez me vaya a casa, si me canso de esperar.

—Vete a casa. Te veré allí cuando termine.

Me fui a casa y él, con el inseparable sargento Mulligan pegado a sus talones, entró en su coche y se alejó a cumplir su terrible cometido.

Abandoné mi auto en el estacionamiento y regresé andando. Mi apartamento se me antojó inhóspito y frío. Aquella especie de hierro al rojo que barrenaba mi pecho seguía allí, prosiguiendo su obra de destrucción.

¿Cómo había podido ser tan ingenuo?

Me dejé caer en una butaca y permanecí horas enteras inmóvil, pensando y pensando, maldiciendo de vez en cuando en voz baja a ratos. Diciéndome otras veces que no podía ser cierto lo que había imaginado, que Francie no podía haberme fingido amor hasta el extremo de volverme

loco entre sus brazos... Que yo, y Jack, estábamos equivocados.

Pero en los momentos en que la razón se imponía, nada de eso tenía ningún valor. Entonces deseaba no haber conocido a Francie, o haber muerto después de aquella mañana... o no haber sentido jamás sus labios sobre los míos, donde todavía me parecía notar su dulce sabor, enmascarando su veneno de víbora.

Una y otra vez la misma cadena de pensamientos.

Vencido, me aferraba a la débil esperanza de que todo fuera un error. Incluso imaginé lo que le diría para borrar el mal recuerdo... y lo que ella haría para olvidarlo los dos.

Entonces llegó Jack Hamilton.

No había ningún error.

Me pareció que el mundo se desplomaba a mi alrededor. Jack retrocedió, cerró la puerta y se fue.

Quedé solo, inmensamente solo, en una ciudad de cinco millones de habitantes...

FIN



EDITORIAL BRUÇNER, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



UN **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*